

Coordinador general: Ramiro Zó

Valentina Mazziero

Leopoldo Orozco

Fernanda Rodriguez Briz

Alfredo Loera

Andrés Felipe Escovar

Mercedes Pailles Vergara

María Amelia Diaz



Antología breve

Selección de cuentos premiados en el concurso homenaje a 100 años del natalicio de Antonio Di Benedetto

Antología breve



Coordinador general:

Ramiro Zó

Personas autoras:

Valentina Mazziero

Leopoldo Orozco

Fernanda Rodríguez Briz

Alfredo Loera

Andrés Felipe Escovar

Mercedes Pailles Vergara

María Amelia Díaz

Antología breve

Selección de cuentos premiados en el concurso homenaje
a 100 años del natalicio de Antonio Di Benedetto

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo

Mendoza, Argentina.

<https://ffyl.uncuyo.edu.ar/edifyl>

Centro Universitario - Mendoza (5500) - Casilla de Correo 345 – Provincia de Mendoza

Diseño gráfico: Clara Luz Muñiz

Asistencia en maquetación: Juan Marcos Barocchi

La imagen de tapa es un collage realizado por Clara Luz Muñiz a partir de imágenes de uso libre con atribución, de Nadia Jamnik, Florian Klauer, Julia Kadel, Pat Krupa, Erick Butler, Nguyen Dang Hoang Nhu, Elias Maurer y Stéphane Fellay en Unsplash.

Antología breve : selección de cuentos premiados en el concurso homenaje a 100 años del natalicio de Antonio Di Benedetto / Valentina Mazziero ... [et al.] ; coordinación general de Ramiro Esteban Zó ; editado por Nadia Sabrina Díaz.

-

1a ed. - Mendoza : Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 2023.

124 p. ; 15 x 22 cm.

ISBN 978-950-774-419-8

1. Antología de Cuentos. 2. Homenajes. 3. Antología. I. Mazziero, Valentina. II. Zó, Ramiro Esteban, coord. III. Díaz, Nadia Sabrina, ed.

CDD A863

La responsabilidad por las opiniones emitidas en los artículos corresponde exclusivamente a los autores.



Se permite la reproducción de los textos siempre y cuando se cite la fuente. Esta obra está bajo una Licencia Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5 AR). Usted es libre de: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato;

adaptar, transformar y construir a partir del material citando la fuente. Bajo los siguientes términos: Atribución —debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial —no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original. No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/> Este material se publica a través del SID (Sistema Integrado de Documentación), que constituye el repositorio digital de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza): <http://bdigital.uncu.edu.ar>.

Nuestro repositorio digital institucional forma parte del SNRD (Sistema Nacional de Repositorios Digitales) <http://repositorios.mincyt.gob.ar/>, enmarcado en la leyes argentinas: Ley N° 25.467, Ley N° 26.899, Resolución N° 253 del 27 de diciembre de 2002 de la entonces SECRETARÍA DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA, Resoluciones del MINISTERIO DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA N° 545 del 10 de septiembre del 2008, N° 469 del 17 de mayo de 2011, N° 622 del 14 de septiembre de 2010 y N° 438 del 29 de junio de 2010, que en conjunto establecen y regulan el acceso abierto (libre y gratuito) a la literatura científica, fomentando su libre disponibilidad en Internet y permitiendo a cualquier usuario su lectura, descarga, copia, impresión, distribución u otro uso legal de la misma, sin barrera financiera [de cualquier tipo]. De la misma manera, los editores no tendrán derecho a cobrar por la distribución del material. La única restricción sobre la distribución y reproducción es dar al autor el control moral sobre la integridad de su trabajo y el derecho a ser adecuadamente reconocido y citado.

Índice

Carta a los lectores	
Nadia Díaz	7
Introducción	
Ramiro Zó	9
Ofrendas	
Por Valentina Mazziero	13
La ciudad deshabitada	
Por Leopoldo Orozco	41
Doña Carmen	
Por Fernanda Rodríguez Briz.....	49
Código rojo	
Por Alfredo Loera	59
San Arvey. Santo tatareto	
Por Andrés Felipe Escovar	83
El sastre de Estambul	
Por Mercedes Pailles Vergara.....	99

Nora	
Por María Amelia Díaz	107
Semblanzas	117

Carta a los lectores

Queridos lectores:

Cuando apenas podía leer, descubrí un libro maravilloso sobre un niño pequeño que vivía en un pequeño planeta en los confines del cielo, un ser lleno de anhelo. Viajando por el universo, descubre mundos sin igual y en cada uno de ellos encuentra algo especial. Esta antología es también una invitación a explorar otros mundos imaginarios y vivir apasionantes aventuras. Las historias de estas páginas muestran la creatividad y la pasión que sus autores ponen en cada palabra.

Cada uno de estos relatos tiene su propia esencia y su propio mensaje, pero todos comparten un objetivo común: llevar al lector a un lugar mágico. Desde historias nostálgicas hasta aventuras fantásticas, aquí encontrarán una variedad de géneros que los mantendrán entretenidos y emocionados.

Este libro es el resultado del arduo trabajo y la dedicación de sus autores, quienes han puesto todo su empeño en crear historias que fascinarán e inspirarán a sus lectores. Esperamos que disfruten de los cuentos que encontrarán en estas páginas y que se sientan inspirados para crear sus propias historias.

Así que abramos sus páginas y dejemos volar nuestra imaginación, porque en cada palabra podemos encontrar una lección.

Nadia Díaz

Editora EDIFYL

Introducción

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, a través de la Unidad de Gestión, Producción y Difusión del Conocimiento, convocaron el pasado año 2022 a la presentación de obras literarias de narrativa breve para la elaboración de una antología en homenaje a Antonio Di Benedetto, a 100 años de su nacimiento. La convocatoria, como parte de la extensión y vinculación universitarias, se propuso divulgar en una publicación impresa a autores y autoras en lengua castellana, contribuyendo a crear y fortalecer nuevos espacios para la difusión de literatura emergente.

Escritores y escritoras de Argentina, México, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Venezuela, Cuba y los EEUU se hicieron presentes en una convocatoria que resultó multitudinaria, con 86 obras postuladas, en un claro signo de la sociabilización y envergadura de nuestra proyección internacional.

El certamen contó con un jurado de idoneidad y trayectoria en este tipo de eventos literarios que engalanó al concurso con los siguientes miembros: Miguel Ángel Galindo (México), Susana Tarantuviez (Argentina), Imelda Quezada Jarero (México) y Gonzalo Córdoba (Argentina).

Esta *Antología breve* recupera aquellos textos seleccionados por el jurado internacional. Son cuentos que tensan el delgado hilo ficcional que separa nuestra realidad cotidiana de mundos imaginarios. En el caleidoscopio literario de este volumen, resaltan distintos prismas textuales como “Ofrendas” de Valentina Mazziero que recorre el tópico del ritual mortuorio, con la traslación de un cadáver momificado que tiene un halo simbólico y mitológico, tal como lo hicieron Tomás Eloy Martínez, Gabriel García Márquez o William Faulkner, entre otros. Luego encontramos “La ciudad deshabitada” de Leopoldo Orozco que nos trae recuerdos de la atmósfera fantasmagórica rulfiana en una nueva Comala deshabitada, esbozada por el padre del protagonista en este viaje que sale a cumplir una promesa de sus orígenes. Otro relato, “Doña Carmen”, de Fernanda Rodríguez Briz, indaga en las estrategias narrativas en torno a violencias sobre mujeres en medio de una lucha de fortines y pueblos originarios, desde la óptica de la memoria oral. “Código rojo”, de Alfredo Loera, traza hilos argumentativos en torno a la psicosis colectiva y la violencia psicosocial dentro de una urbe cosmopolita. “San Sarvey. Santo tatareto”, de Andrés Felipe Escovar, ficcionaliza sobre una hagiografía satírica y posmoderna de un personaje estigmatizado por un trastorno fonético. “El sastre de Estambul”, de Mercedes Pailles Vergara, nos sumerge en la estética de la tela con un abanico de sentidos y sensaciones milenarias. Y para cerrar, “Nora” de María Amelia Diaz nos ofrece una emotiva fábula de una

mujer solitaria y su vínculo con la lectura, que deviene en un ejercicio terapéutico y transformador.

En resumidas cuentas, este caleidoscopio literario es una obra abierta hacia la comunidad lectora no solo de Mendoza, sino del resto del mundo, que ofrece satisfacer distintos gustos y expectativas.

Todos están invitados a este festín lector. Solo queda decir, *bon appétit*.

Ramiro Zó

Unidad de Gestión, Producción y Difusión del Conocimiento

Director de EDIFYL

Ofrendas

Por Valentina Mazziero



Ofrendas

*A la montaña
por enseñarme todos los días*

Es de noche y llueve. Las gotas finas brillan a la luz del alumbrado público. Por el asfalto mojado cruza un hombre dando zancadas, salta la acequia, llega a la vereda y se frena. Tiene la capucha puesta y es como si no se estuviera mojando. A juzgar por la ropa, puede que sí, que debajo de esa campera esté seco.

Está detenido frente a un edificio semiaoscuras, cercado por una reja, con una puerta cerrada al público. El hombre lo mira sin disimulo. Se queda parado unos minutos, da media vuelta, cruza la calle al trote y se sube a un Renault 12 gris. No puedo creer que la tengan ahí. Es cualquiera esto, dice casi susurrando.

Ya no tiene la capucha, ahora se puede ver en sus ojos un enojo casi escondido, como quien sabe que se está cometiendo una injusticia que perpetra un monstruo invencible. El conductor, que no ha dicho palabra, enciende el motor, las luces y se va debajo de las gotas que se aplastan sobre el techo del auto gris.

* * *

—No lo puedo creer, en serio no lo puedo creer.

—La verdad que yo sí lo puedo creer, Marcos —respondió Juan—. A estos tipos no les calienta tenerla ahí, en una heladera, como si fuera una caja de palito bombón helado.

Ya no están en el auto, sino en una casa pequeña, más bien parecida a un refugio de montaña que a un hogar de familia. Toman café. Marcos, que es alto, llega con familiaridad a las repisas del refugio. Cualquier otro mortal utilizaría un banco.

El que habla, Juan, es rubio. Con una mano sostiene la taza de café y con la otra se revuelve, nervioso, la cabellera larga.

—La tenemos que sacar —dijo Juan, agachando la cabeza—. Volver a ponerla donde estaba. Es la única manera de arreglar esto.

—Vos estás loco, Juan —respondió Marcos—, eso es imposible.

—Ese museo no debe tener ni vigilancia nocturna. ¿O qué viste vos cuando estábamos ahí?

—No se veían luces adentro, la verdad.

—Creo que podemos hacerlo, hay que pensarlo bien —
dijo Juan sentenciando la conversación.

Por la ventana del refugio de piedra, un cielo color
anaranjado da la despedida al sol y anuncia la
llegada de la noche helada a Puente del Inca.

* * *

Juan está sentado en un banco, fuera de lo que era hasta su cierre a finales de 1970 una estación de tren. El Ferrocarril Trasandino cruzó la Cordillera de Los Andes uniendo a Argentina con Chile en una sola línea de rieles. Pero malos manejos políticos, sumado al clima hostil, terminaron por comerse al Trasandino. Las estaciones, las casas, los galpones y los cobertizos son de a poco habitados o reutilizados a medida que el tiempo avanza.

En una de las casas para empleados del ferrocarril que heredó de su padre Juan construye un refugio para recibir montañistas. Hace solo un año atrás la zona vivió uno de los alborotos más grandes de su historia.

Sentado en un banco de lleno al sol de la mañana toma mates y repasa en su mente la conversación con Alicia. Ella es una andinista experimentada, asidua caminante de la zona que emana cierta espiritualidad sin iglesia ni santo que invita a escuchar.

—Si sacan la momia se acaba el trabajo para nosotros —dice Alicia—. No nos tenemos que meter con cosas que no entendemos. Que no son de nuestro tiempo. La lógica de antes nos puede parecer absurda desde nuestra mirada, pero no por eso tenemos que subestimarla.

—¿Van a venir los incas a tirarnos de las patas? —ironizó Juan.

—Dale, reíte pendejo —le respondió enojada Alicia—. Que cuando la montaña nos empiece a echar de a uno vas a ver cómo se te van a agolpar las preguntas en la cabeza.

—No te entiendo Ali —preguntó extrañado Juan—, ¿vos decís que nos va a matar la montaña?

—Literal matarte no sé —y en un tono que buscaba ser calmo la mujer dijo—. Pero sé que algo va a pasar. Toda la energía de un pueblo, de un pueblo grande, estaba puesta ahí. Es mucho como para no tomárselo en serio, Juan.

Alicia tiene pelo largo y gris. Unos ojos claros que mientras habla miran para cualquier lado, como si buscara telarañas, hormigas en la pared o migas en el suelo. Sin embargo, en un instante preciso, ellos te miran de frente y te atraviesan.

Juan sabe de esa mirada porque fue la que le clavó la última vez que la vio. “Están metiendo la pata hasta el fondo Juancito... Con los dioses no se juega”.

* * *

La primera catástrofe fue esperable. Una avalancha durante los meses de invierno no es realmente mucha novedad. Aunque el daño fue grande porque borró todo un edificio de Guardaparques. Así inició la temporada de 1986, un año después de que se descubriera y se extrajera del Cerro Pirámides un apéndice del coloso Aconcagua, una ofrenda inca. Una niña de unos 8 años fue hallada, enterrada junto a un altar a 5300 msnm. Erróneamente la llaman “momia”, aunque nunca pasó por un proceso de momificación.

La segunda catástrofe fue, digamos, menos inmediata, pero sí más sangrienta. Rompiendo todos los récords, durante las primeras tres semanas de temporada de verano en Parque Aconcagua, murieron siete personas que intentaban el ascenso al cerro más alto de América. Cinco personas fallecidas pertenecían a la misma expedición y dos fueron casos diferentes. La expedición de la tragedia dejó una sobreviviente que logró aparecer en el campamento Plaza de Mulas, como si emergiera de una nube densa y blanca de nieve.

A nivel físico estaba bien, principio de congelamiento en manos y pies, pero con todos los miembros completos.

Bajó caminando, limitó su habla a lo necesario, no se opuso a los cuidados y se sometió a todos los chequeos que le pedían sin ningún tipo de resistencia.

Un milagro, decían. Algunos medios hablaban de un inicio de temporada trágico y contaban la historia de la mujer con escenas hollywoodenses. Pero ningún periodista logró entrevistarla. No quiso y le dieron la razón: seguía en *shock*. En la expedición iba su pareja, el guía que la inició en el montañismo, una amiga y dos escaladores franceses.

La única vez que habló lo hizo cuando llegó al refugio en Penitentes. El plan era bajar de la base del Aconcagua hasta la ciudad de Mendoza, donde sería atendida en un hospital. Pero una lluvia intensa desencadenó aludes en la ruta y obligó a Jorgelina, la sobreviviente, a pasar una noche en un refugio ubicado en el centro de esquí.

El médico, el chofer de la ambulancia, el dueño, su hija de doce años y Jorgelina cenaban al calor del fuego de la salamandra.

—¿Alguien quiere tomar algo?—dijo el dueño mientras levantaba los platos del guiso. —Sí, yo me tomaría un té— dijo Jorgelina, casi en un susurro—. Negro nomás, de los comunes. Era la primera frase larga que pronunciaba en toda la noche. El hombre asintió y fue a la cocina. Resonaron sus pasos en un silencio que se interrumpió por el carraspeo del médico, más parecido a un tic nervioso que a algún picor real.

Jorgelina pareció despertar de un letargo. Tomó la taza entre sus manos y empezó a hablar.

Los perdí. Siempre fui más lenta para caminar y por eso creo que naturalmente quedé cerrando la fila. No íbamos atados, cuando salimos el día estaba lindo. Todavía no entiendo de dónde vino esa tormenta. Los veía claro y a los cinco minutos todo se puso oscuro y después demasiado blanco, pálido. La campera de Renzo que caminaba delante de mí era una mancha amarilla que a duras penas resaltaba. Grité. No me escuchó. Tampoco pude alcanzarlo, el viento me pegaba en la cara y me obligaba a bajar la vista. Lo último que vi fue la mancha amarilla que desaparecía en una masa blanca. Como si Renzo hubiera cruzado un umbral. Desapareció y yo me di cuenta de que tenía que volver.

Tomó un sorbo. Respiró y siguió.

No sé qué pasó que siguieron, la verdad. En un momento dudé si volver o no, entonces sentí cómo uno de mis bastones se iba para atrás, como si alguien lo tirara desde abajo, era una presión firme, pero no tan fuerte. Fue el empujón que necesitaba para darme vuelta.

Tuve miedo. El viento era arremolinado. Ni siquiera estaba segura de haber dado media vuelta. Ni siquiera pensé que podía estar caminando hacia el precipicio, simplemente seguí. Una presión parecida me empezó en la mochila, de repente se me hizo imposible llevarla, me la desaté y la dejé caer a mis espaldas. Más liviana seguí caminando en la nube blanca, perdida,

enterrando los pies en la nieve que ya estaba casi hasta las rodillas. Y ahí la vi.

En el refugio la salamandra aún caliente era el único ruido constante. Levantó la vista de la taza y miró a cada una de las personas que, perplejas, le escuchaban. Posó de nuevo la vista en su taza y siguió hablando.

Ella me guio por el sendero. No se hundía en la nieve, caminaba por encima. Ligerera de ropa, con ojotas y el pelo negro y recto, que solo se movía respondiendo a su andar. Como si el viento no lo tocara. Seguí esa espalda, ese trote saltarín de niña, de juego, hasta que vi Plaza de Mulas. No sé cuántas horas caminé siguiéndola. En cuanto estuve cerca de la primera carpa desapareció con la tormenta.

Levantó la mirada, ahora lloraba. Un llanto de desahogo, con las lágrimas rodando por pequeños surcos en sus mejillas. Se limpió la cortina de agua salada con una servilleta de papel. Los miró y antes de volverse a callar dijo: “Ella era la dueña de la tormenta. Ese fue su juego. Y todavía no sé por qué me dejó salir”.

De esa noche la que mejor pudo relatar lo que Jorgelina contó fue la hija del dueño del refugio, Gabi, que al otro día en la escuela de Puente del Inca le contó a sus compañeros y sus compañeras cómo la momia que habían sacado de la montaña el año anterior había salvado a Jorgelina de la tormenta.

La información les llegó a Marcos y a Juan por un amigo en común, Fabián, que había escuchado durante el almuerzo el relato de boca de su hijo que asistía a la misma escuela.

—Me dieron ganas de meterle un cachetón al pendejo este —dijo con los dientes apretados Fabián—. Qué anda repitiendo huevadas de fantasmas, encima de fantasmas indios. Dejame de joder.

Al otro día Juan quiso escuchar la historia de boca del dueño del refugio, pero él se negó a hablar. “La mina esta, la tal Jorgelina, quedó loca sin lugar a dudas. Nada de lo que dice es real. A la nena le gusta hablar, preguntale a ella”. Le dijo mientras señalaba a su hija sentada en una mesa con un manual, un cuaderno y una cartuchera llena de fibras.

Gabi, entre tareas de la escuela y merienda, le contó todo con lujo de detalles, tal como Jorgelina se había desahogado y tal vez con algunos agregados más. Como una máquina repitió palabra por palabra: “Yo sé que mi papá dice que es todo mentira, pero yo le creo. Es re fácil darte cuenta de cuando los adultos mienten o dicen la verdad”. Juan dejó el refugio con los pelos encrespados.

* * *

El mundo de Jorgelina se trastocó. Luego de bajar del Aconcagua su vida normal dejó de existir y pasó a ser una especie de sombra. Andaba sin rumbo por su casa, buscando a veces una explicación; otras, a Renzo. Su psiquiatra le decía que estaba traumada, que lo vivido la hacía eludir la realidad. Su madre no le creía la historia de la niña y la miraba con pena. Su padre directamente no sabía cómo hablarle y sus amigos y amigas la trataban como si estuviera loca.

—Lo que usted tiene que entender es que está traumada— sentenciaba desde su bata blanca el terapeuta—. Tome las pastillas que le recetamos y verá cómo empieza a mejorar.

Ella no tomó una sola pastilla y se mantuvo encerrada en su propia mente. “Lo que vi fue real, ella existe, ella me salvó. Lo que vi fue real, ella existe, ella me salvó”. Como un mantra, Jorgelina se repetía en su mente esas palabras hasta que la imagen de la niña guiándola por la tormenta volvía a aparecer. “Lo que vi fue real, ella existe, ella me salvó”.

El recuerdo de la niña guiándola en la tormenta le imprimía a la pérdida de su novio y sus compañeros y compañeras de expedición una suerte de tranquilidad. Algo dentro le decía que habían muerto, porque así tenía que ser, con ella igual: sobrevivió porque así tenía que ser.

De vuelta al mundo real y fuera de sus pensamientos, se levantó del sillón, miró sobre la pared una foto de ella y

Renzo con el Cordón del Plata detrás. Sintió un choque eléctrico en su cuerpo y se irguió. Tenía que actuar. Terminar de descifrar de dónde venía esa extraña quietud después de tanta muerte y dolor.

Volvió a la montaña sin avisar a nadie. Solo dejó una nota al lado del teléfono de su casa dirigida a su madre que decía: “Mamá, necesito estar sola y pensar. Voy a estar bien, en unos días te llamo. Jor”.

* * *

La temporada siguió complicada y luego de dos muertes más, ya nueve en un mes, decidieron cerrar los campamentos más altos. Una serie de tormentas repentinas aparecían y le complicaba la vida hasta al andinista más experimentado. Desde Guardaparques se decidió que iban a esperar, al menos una semana, que esas nubes extrañas desaparecieran. Pero no lo hicieron y la temporada fue un fracaso.

En Puente del Inca un poblador vio cómo una parte del puente se empezaba a desmoronar. “Estaba fumando un pucho en el mirador y escuché un *crack* fuerte. Cuando miré era un bloque sedimentado del puente natural que caía en picada al Río Cuevas. Me quedé helado”.

Después del relato del poblador inspeccionaron el puente natural: una grieta gigante lo atravesaba de punta a punta y amenazaba con partirlo al medio.

Unos días después el escenario de lo inexplicable se trasladó a otra localidad andina, Punta de Vacas, donde todas las mulas de una empresa de expediciones al Cerro Aconcagua aparecieron muertas. “Como si las hubieran envenenado”, dijo un arriero que sostenía su boina contra el pecho, nervioso, como sabiendo que la temporada no iba a ser la mejor para él. Con la voz trémula repetía: “Yo no sé qué pasó, no sé ni qué decirle al patrón, la verdad. Se murieron todas, toditas. El caballo mío nomás quedó vivo y asustado. Todavía no sabemos qué hacer con los animales muertos, en cualquier momento van a llegar otros bichos para alimentarse”.

Todos los días, en un momento, el Aconcagua desaparecía detrás de un manto de nubes gruesas. Era como si no quisiera que lo vieran. Como si quisiera esconderse o tal vez desaparecer.

* * *

Juan y Marcos hablaban en el refugio. Hacía días que estaban solo ellos dos, no había quién quisiera hospedarse en Puente del Inca. La temporada fatídica ya estaba en boca de todo el mundo y el turismo bajaba

a niveles insospechados. Caía la tarde y poca gente había visitado el pueblo y cruzado el puente. Marcos, al tiempo que le pasó un mate a Juan, empezó a hablar:

—La tenemos que recuperar.

—Sí. La tenemos que traer de nuevo.

—El tema es subirla —temía Marcos.

—Son 5300, llegamos bien a esa altura.

—No, hasta el cerro no —le gritó después de chistar la lengua—. ¡Sino hasta la base!

—Es verdad...

Es mucha logística, es entrar al museo, sacarla, mantenerla a -20, cruzar un control de gendarmería, meterla al parque sin que se den cuenta los guardaparques y después recién encarar el cerro.

Hay que hablar con algún camionero que tenga de esos contenedores que poseen refrigeración. Yo conozco a un chileno que está re loco. Creo que está tan loco que es capaz.

La conversación se interrumpió por tres golpes en la puerta. Cuando Juan abrió, una mujer de unos 30 años con una mochila de expedición y ropa de abrigo entró.

—Buenas tardes —se escuchó una voz como un eco—. ¿Está abierto para pasar la noche acá?

* * *

La falta de gente de la temporada del verano de 1986 tenía a Juan desacostumbrado a tener gente en el refugio, por lo que parecía más su casa que un lugar en el que recibían transeúntes. Apenas ella entró, lápiz en mano, Juan se dispuso a pedirle los datos y llenar el enorme libro de tapas negras en el que anotaba a quien entraba y salía de su refugio.

Mientras Marcos traía leña y comenzaba a armar el fuego de la salamandra que haría frente al frío de la noche.

—¿Nombre?

—Jorgelina, Jorgelina Olivares.

—¿Edad?

—31.

—¿De dónde nos visitás?

—De Luján de Cuyo, Mendoza.

—Ah, sos de acá. ¿Primera vez en la zona?

—No, estuve acá hace poco—dijo casi sin mirar—. ¿Dónde puedo dejar la mochila?

Juan y Jorgelina se fueron hablando por el pasillo camino a las habitaciones y Marcos, de cuclillas frente

a la salamandra con un fuego todavía débil, se fue parando lentamente con un tronco en la mano. Es ella, susurró. Volvió de su breve ensoñamiento cuando regresó Juan con los ojos como platos. La mujer que acomodaba sus petates en la habitación había sido salvada por la niña del Aconcagua.

* * *

Por la noche, Marcos comenzó a hacer la cena y Juan invitó a Jorgelina a comer con ellos. Aceptó y se unió a la mesa. Ella y Juan, sentados en un claro silencio incómodo, trataron de iniciar una conversación.

—¿Venís a subir algún cerro?

—No sé realmente si voy a subir algo. Vine a estar acá.

—¿Conocías?

—Acá, acá, no. El Aconcagua conozco. Estuve hace poco. Seguro supieron de la expedición en la que murieron seis personas y una sobrevivió. Bueno, la que sobrevivió soy yo.

Un silencio incómodo se apoderó del lugar. El sonido de Marcos mientras cortaba papas en la cocina paró. El fuego que crepitaba en la salamandra y un ladrido grave a lo lejos eran los únicos ruidos de fondo.

—¿De verdad te salvó ella? —preguntó Juan casi susurrando.

—Sí. Sin su guía me hubiera muerto igual que los demás.

* * *

Está todo arreglado. Marcos y Juan se van a encargar de meterse al museo, sacar a la niña de la heladera, meterla en una caja de telgopor con hielo seco, cargarla al auto y manejar del Parque General San Martín, donde se encuentra el museo, hasta la intersección de la ruta 40 con la ruta 7 que lleva a Alta Montaña. Ahí va a estar esperando el camión. Van a pasar a la niña al contenedor del camión y Julio, el conductor, será el encargado de subirla hasta Polvaredas.

Julio a bordo de su Scania 112 H confía. Habló con Juan sobre el tema y está convencido de querer ser parte de la repatriación de la niña. Él mismo le ha puesto ese título al periplo que están a punto de realizar. Una de las claves de poder hacer la maniobra es que, en Los Árboles, el control de Gendarmería entre Potrerillos y Uspallata, no lo van a parar. Es orden del dueño de la empresa.

* * *

Al final entrar al museo fue fácil. De madrugada y con un par de tenazas rompieron los candados de la puerta de afuera. Juan iba totalmente decidido, pero Marcos estaba nervioso y se le notaba.

Una vez dentro del predio, buscaron la ventana precisa y rompieron el vidrio. Pan comido. No contaban con ojos de guardias, pero tampoco de los animales embalsamados que los miraban con los dientes afuera en plena oscuridad. Las linternas se encontraban con escenas extrañas, dignas de un museo oscuro: un zorro gruñendo, piezas de roca que habían sido armas, maniqués de hombres y mujeres de otros tiempos, y el sistema solar colgando en la oscuridad. Caminaban rápido y agitados.

—Boludo, deberíamos haber averiguado dónde la guardan.

—Marcos, no soy tan pelotudo, yo sé dónde está —dijo Juan, deteniéndose abruptamente y susurrando mientras movía los brazos en gesto de enojo.

Siguieron caminando por un pasillo que parecía interminable hasta llegar a una puerta con vidrio biselado. Juan se paró de frente y con las tenazas rompió el vidrio. Intentó desbloquearla desde el otro lado, pero no encontró nada. Marcos giró el picaporte y la puerta se abrió sin ningún seguro.

La heladera estaba contra la pared. Entre los dos la abrieron y la vieron. Estaba ahí, como si solo fuera

hueso y carne vieja. Como si no valiera nada. Como si no hubiera muerto mirando Los Andes, como si no hubiera sido elegida por un pueblo para saludar a los dioses. La niña del Aconcagua, fuera de los fines científicos, carecía de toda importancia para el ser humano civilizado.

Marcos descolgó la mochila que llevaba al hombro, de ella sacó dos sábanas en las que la envolvió, no sin antes pedirle permiso. La agarró de los brazos como acunándola y emprendió el camino de nuevo hacia el auto.

—Juan, salí vos primero y traé el auto. Me da miedo salir así.

Juan asintió. Llegó con el auto, abrió el baúl. La metieron en la caja de telgopor y fueron todo el camino hasta encontrarse con el camión en un silencio solemne.

En Polvaredas se repetiría la operación, pero a la inversa: transferirían a la niña del camión al auto y la llevarían hasta Puente del Inca, donde Jorgelina los esperaba. De ahí, esa misma madrugada partirían en la expedición Marcos, Juan, Jorgelina y la niña para regresarla a su espacio, al lugar que supo albergarla por más de 500 años.

* * *

Julio estaba al costado de la ruta 7. Le pareció mejor hacer el traspaso del Renault 12 al camión en la 7 y no en la 40, que tenía mayor tránsito particular. Fumaba un cigarro bajo la noche estrellada cuando vio llegar a Marcos y a Juan. Se estacionaron detrás del camión, apagaron las luces y bajaron los dos.

—Loco Julio, acá estamos —preguntó Juan—. ¿Estás listo?

El conductor dio una calada profunda al cigarrillo y echando el humo hacia arriba contestó: “Por mi tatita y mi mamita mapuche, quienes siempre lucharon allá en el sur. Que los de antes vuelvan a la tierra que les pertenece”.

Hicieron el traspaso, la niña quedó dentro del contenedor, escondida detrás de cajas de carne vacuna que iban destino a Chile. Marcos y Juan arrancaron para esperarlo en Polvaredas. Julio tomó posición en el asiento del conductor, acarició el volante dulcemente y giró la llave. El motor del Scania rugió. Se incorporó a la ruta lentamente y comenzó el viaje, el único que le generaba pavor en sus 16 años como chofer.

Aunque la mente de Julio repite “no me van a parar, no me van a parar, no me van a parar”, una parte de su psiquis se empeña en ponerlo frente a esa situación con Gendarmería y en todas salía perdiendo. Ni siquiera sabía qué delito estaría cometiendo, qué nombre le pondrían a la carátula. Quedar preso en Argentina, todavía peor, ni siquiera era su país. En esas

divagaciones se pierde su cabeza cuando divisa a lo lejos el puesto de Los Árboles.

Sobre la ruta helada hay un hombre uniformado. De su vestimenta verde lo único que sobresale son sus ojos y su nariz. Cuando están al lado le hace señas a Julio para que se detenga. El chileno baja la ventanilla.

—Buenas noches, señor. ¿Hacia dónde se dirige?

—Buenas noches, a Chile voy.

—¿Y qué lleva?

—Car... carne llevo, carne vacuna —responde Julio con un ligero tropiezo mientras se acomoda en el asiento.

El gendarme lo mira, observa el cartel de la empresa de transporte pegado en la puerta del camión y le hace señas con la mano para que continúe.

—Siga nomás, que tenga buenas noches.

Julio, ahora sí con la mente en blanco, toma la ruta de nuevo sintiendo un sudor frío recorrerle la columna vertebral.

* * *

En el playón de Polvaredas pasaron a la niña del camión al auto. Julio, Juan y Marcos se saludan y se felicitan: “la repatriación de la niña ya está en camino”.

Jorgelina, quien esperaba en el refugio, sintió un vuelco en el estómago al verlos llegar con la caja. Aún no era la hora de partir. Ella pidió verla, conocer el rostro de la niña que la había salvado de la tormenta.

Abrió la caja, corrió la sábana que la tapaba y vio su rostro. Ya de años y años en la montaña, muy bien mantenida para haber estado tantos ahí arriba sola. Su rostro tenía una expresión que parecía de frío o dolor, pero con un aura viva, omnipresente, que inundaba el espacio que ocupaba. Los tres se perdieron contemplándola un rato en silencio, obnubilados, experimentando una sensación de calor desconocida que atravesaba sus cuerpos.

* * *

A las cinco de la mañana comenzó su marcha. Sabían los caminos para evitar a los guardaparques, aunque conocían a la mayoría de los hombres y mujeres que trabajan en Parque Aconcagua, querían evitar cualquier tipo de interacción innecesaria. Ni siquiera sabían si la noticia del robo en el museo ya había comenzado a correr.

La noche estaba cerrada y encima de ellos las estrellas eran casi una mancha uniforme y brillante en un cielo infinito. Pero en unas pocas horas el sol iba a alumbrar y a calentar. El sol les daba miedo. Marcos llevaba en su mochila a la niña envuelta en las sábanas y temía que el calor la pudiera estropear.

Juan confiaba. En su mente tenía la ruta trazada. Estaban decididos a darlo todo, no iban a parar así los agarrara la noche. Se hidrataban mientras caminaban. Comían frutos secos y seguían caminando. Jorgelina, fiel a su paso lento, quedó retrasada en comparación al paso baqueano de los dos hombres.

Continuaron caminando, cuando el amanecer quedó atrás y al pasar los tres mil quinientos metros de altura se encontraron con el sol arriba. Era la hora en la que casi no había sombra. Juan, sin la carga de la niña, caminaba adelante y miraba la pequeña sombra que proyectaba sobre el sendero. De repente su sombra desapareció, como si se la tragara una oscuridad. Aparecía y desaparecía como si una nube pasajera se atravesara sobre sus sienes.

—¡Miren! —susurra Jorgelina de cara al cielo.

Sobre sus cabezas vuelan seis cóndores que con su tamaño tapan ocasionalmente el sol. Estaban cerca, volando bajo, de hecho. Los contemplaron por unos segundos y continuaron el paso con su expedición bendecida.

El tranco de Marcos era largo. Pero el peso que llevaba a sus espaldas era mucho. Para la hora de la siesta ya habían subido a cuatro mil ochocientos metros. Quedaban quinientos metros de desnivel. Juan lo miró y le preguntó si quería que la cargara. Él, como todas las veces que había preguntado, le respondió que no, que iba bien. En realidad, hacía unas horas que sentía que caminaba como por inercia, llevado por una suave presión. A sus espaldas la carga parecía cada vez más pesada. Pero en su mente se repetía, como un mantra, que para eso había entrenado toda su vida.

Llegan a una hora peligrosa, fría, con el sol a punto de irse. La tienen que enterrar. Juan saca de su mochila las herramientas. Con un pico empieza a pegarle a la tierra. Está helada. Cada movimiento de su cuerpo le cuesta. Pero algo en su mente hace un click. Los cóndores siguen allí a su alrededor, no los han perdido durante todo el camino. Uno se posa en una roca cercana y los mira, mientras que otro directamente los observa desde el sendero. Los demás están volando.

Juan saca las últimas reservas que tiene para cavar. Hace un pozo lo suficientemente grande como para dejarla bien enterrada. Siente que reconoce el lugar de donde la sacaron, reconociendo las pircas y la pared de la pirámide que da nombre al cerro.

Jorgelina mira desde un costado de forma solemne, de su rostro cansado caen lágrimas ancestrales. Es un llanto sonoro, de lamentos y quejidos que acompaña al

hombre mientras cava. Sus ojos van del pozo a la niña y luego a la cumbre del Aconcagua.

Marcos, que ha tenido a la niña en brazos todo el tiempo, la deposita suave en el agujero y comienza a tapparla con sus manos. Se quita los mitones y, con sus manos coloradas de frío, tira tierra sobre la niña. Juan y Jorgelina lo miran, es como si estuviera en trance mientras mete sus guantes en el agujero. La momia está casi tapada del todo, pero aún puede verse parte de su pelo y la cinta de cuero que a modo de vincha adorna su frente.

Ha cargado a la niña de vuelta a su hogar. Levanta la vista y mira Los Andes profundos: picos, glaciares, formaciones inmensas que juntas no tienen fin, son como un mar con olas de tierra, roca y nieve. Marcos se sienta en el piso, se saca sus botas, las mete también en el pozo, con cuidado de no aplastar a la niña, las deja en los costados, a modo de ofrenda y altar. Juan y Jorgelina siguen mirándolo en silencio. Él sigue tapándola. Cuando termina, se levanta del piso, sus manos y sus pies desnudos están rojos de frío, pero funcionan igual. Marcos camina descalzo hasta el precipicio, pasa junto a uno de los cóndores que lo mira y, como presa de un hechizo, salta al vacío.

Juan siente a Jorgelina sollozar a su lado. No llora porque Marcos saltó. Lo que le brota de adentro es más profundo. Ambos saben que saltó porque lo sintió.

Juan ahora también lo siente. Es como un empujón, una suave presión que lo invita a caminar. Así que eso hace. Deja caer la pala, mira hacia donde está la ofrenda por última vez, saluda la cumbre del Aconcagua y empieza a caminar.

Sube un trayecto a través de un acarreo que se desprende con cada paso. Divisa una roca grande y camina como por inercia hacia ella. Sus pies mandan, no su mente. Los cóndores vuelan sobre él. Los han estado esperando. Marcos ya no está, Jorgelina sigue su purga con la vista clavada en la nueva tumba de la ofrenda. Juan sigue caminando, llega hasta la roca elegida y se detiene en ella. Como si sus brazos fueran alas, los abre. Por un segundo sale de su estado hechizado, toma consciencia de que se va a matar. Justo antes de que sus rodillas se flexionen para tomar envión vuelve en su mente la voz de Alicia: “Con los dioses no se juega”.

Del sol quedan los últimos rayos. Está escondido, el frío y el viento son los protagonistas en el Ande mendocino. Jorgelina, con la cara helada de llanto, emprende la bajada del cerro Pirámides sola. Sus dos compañeros de expedición decidieron partir porque cumplieron su tarea. La tarea de ella, la razón por la que la niña la salvó aún no está hecha. Tiene que llegar viva abajo, volver a salir con vida de ese cerro para seguir recorriendo Los Andes. Desplegar, como un cóndor en vuelo, la palabra de un antiguo pueblo, ahora suyo, que la eligió para caminar.

La ciudad deshabitada

Por Leopoldo Orozco



La ciudad deshabitada

*Porque todo lo que hay en mí está
a merced de esa ciudad que es mi origen*

Thomas Bernhard

I

Enterramos a mi padre hace poco más de un año. Antes de su partida nos hizo una última solicitud: llevar su cuerpo a la ciudad que fue su lugar de nacimiento y, al parecer, donde vivió los años más felices de su vida. Según nos dijo, quería descansar en lo que él llamó un lote pequeño en el cementerio municipal, donde yacían además los restos de sus dos padres y de uno de sus hermanos.

Nos recalcó muchas veces que el lote llevaba un número específico y quedaba en la ladera de una loma desde la que, según él, podía verse el barrio donde creció. Mi padre tenía una memoria impresionante para las cifras, los rostros, las escenas. Tal vez porque siempre lograba hallar lo significativo de cualquier situación: podía decantar lo real de todos los hechos. Por ejemplo, nos contó alguna vez del día que enterraron a su padre: se distrajo del féretro que bajaba suspendido entre cuatro mecates amarillos para ver cómo pasaba una parvada de

zanates. El intenso color negro lo hizo pensar en aquel hoyo profundo y verlos tan de cerca lo obligó a reconocer que no vería a mi abuelo nunca más. Solo entonces, en sus palabras, se abandonó al llanto.

De su boca aprendí muchos nombres de pájaros. De esas especies no logré ver ninguna. Zanates, colirrojos, pardillos. En mi imaginación todas aquellas aves tenían que ser rojas, de picos amarillos y antifaces marrones, y resaltarían entre las copas de los árboles como manzanas a punto de soltarse de sus ramas. Todas iguales, menos los negros zanates que sobrevuelan los velorios, que obligan a los niños a mirar la muerte.

Tal vez por eso mismo, porque ya no soy un niño, nada voló para mí sobre su tumba recién cavada. En esta otra ciudad en la que nos crio a los cinco, en cuya tierra descansa su cuerpo, solo alcanzan a verse, de vez en cuando, palomas hinchidas de basura, hacinadas sobre las vigas altas o alrededor de migajas caídas.

Nuestra familia huyó de la ciudad primera hace tantos años que mi padre no parecía recordar la fecha exacta. O al menos eso nos decía todo el tiempo. Pero yo nunca le creí. Más bien me daba la impresión de que no quería contarnos algún detalle sobre la migración definitiva de nuestro apellido. Él lo recordaba todo. Yo sabía que decir “no me acuerdo” era su forma de callarse las cosas.

Tras la muerte de sus padres, él y sus hermanos abandonaron el hogar en circunstancias inciertas.

Todos murieron lejos, hasta donde supe. De la existencia de mis tíos solo nos llegaban noticias cuando morían, a veces desde el otro lado de la frontera, a veces abandonados a su suerte, huyendo de quién sabe quién, desde algún pueblo vecino. Mi padre era el último que quedaba.

Estuvo hospitalizado durante tres meses y agonizó los últimos tres días. Cuando apenas empezó el tratamiento y parecía estar funcionando, le pedí que me contara de la ciudad, que me la describiera tan bien como pudiera.

Empezamos un día bueno. Estaba de buen humor y por la ventana de su cuarto de hospital se colaba un calor agradable. Puso la televisión en silencio y comenzó a hablar mientras su rostro encaraba la pantalla muda y dejaba caer, a tanteos, el control sobre la mesa de noche: “Hay una calle que la cruza toda, tiene un camellón lleno de hierba y la atraviesan palmeras altas...”.

Su voz monótona me quería hacer cabecear, pero seguí su relato lo mejor que pude. Escribí tan rápido como me permitieron las manos. Lo que hubo que dibujar lo tracé con líneas inseguras. Paralelas, camellones, rotondas. Al cabo de un par de días tuve algo parecido a un mapa. Un mapa con nombres de calles, jardines, un par de escuelas. Anotaciones personales: “Aquí me partieron la madre una vez los hijos de los Abasolo por besar a tu madre; acá yo esperaba que saliera tu abuelo del trabajo y comíamos antes de que empezara mi

turno; acá comienza la loma, el cementerio municipal. Ya saben, hay un lote ahí que es de nosotros, solo digan su nombre y habrá alguien que los lleve a su pertenencia”.

Cuando acabamos el mapa lo llevé a casa cuidadosamente doblado entre las páginas de un cuaderno. Conseguí una cartulina y lo copié a regla y pluma, con las anotaciones detrás. Lo hice pensando que tal vez algún día podría yo hacer el encargo. Aunque mi padre ya casi no veía, le mostré el mapa terminado y dijo que estaba bien, que así lo recordaba todo. Ahora me pregunto qué tanto habrá podido ver de mis trazos, si no lo decía tan solo para hacerme sentir contento, con el triunfo de haber logrado rescatar alguna cosa.

Días después, cuando comenzamos a pensar que se estaba recuperando, se le llenaron los pulmones de agua. Por más que intentaron rescatarlo del ahogo, murió sin habla, sin poder despedirse de nosotros.

II

Si lo hubiéramos cremado, tal vez habría podido llevarlo conmigo. En mi maleta todavía quedaba espacio suficiente para meter una urna pequeña con sus cenizas dentro. Pero el agujero en el que lo metieron es demasiado profundo y la caja en la que lo encerraron, demasiado pesada.

El pequeño ahorro que logré juntar me alcanzó para el camión de ida y vuelta: dieciséis horas, con sus paradas continuas para comer de menús nauseabundos en gasolinerías casi abandonadas, para dormir en cuartos inundados de chinches, en pueblos de paso apenas tocados por el polvo. Estaba dormido cuando entramos en la ciudad y solo me despertó el barullo de los pasajeros que se alzaban de sus asientos y se estiraban con disgusto.

Cuando bajé del transporte la ciudad no estaba ahí. Al menos no la ciudad de mi padre. Era la misma ciudad de la que habíamos partido hace dos días, la misma ciudad que es, al mismo tiempo, todas las ciudades grandes: igual de sucia y abarrotada, en constante expansión por todas direcciones. Hacia arriba, con rascacielos; hacia los lados, comiéndose los pueblos vecinos. Las mismas cadenas de comida rápida, la misma especie de palomas grises, los hoteles de paso y de lujo, los desastres viales.

Hablé con un guardia. Le pregunté por esa avenida con el camellón lleno de hierba. No supo de calles centrales, ahora todas daban a todos los sitios. También habían cambiado de nombre. Las calles con nombres de santos dieron paso a las de próceres nacionales, de numerales, de ciudades europeas. Afuera, entre los edificios que cercaban la estación, no se veía ninguna loma, ni nada que se le pareciera: todas, al parecer, habían sido aplanadas para dar espacio a las plazas comerciales, a los distritos industriales. La cadencia en el habla de la gente, del barullo comunal, tenía en su centro algo de la

voz mestiza de mi padre, diluido su acento por el viaje de años, por el olvido de sus congéneres.

Salí de la estación. Compré un mapa en un puesto de periódicos. Lo que ahora llamaban ciudad era por lo menos el triple de grande que en ese entonces. Ni siquiera en la disposición de las calles logré encontrar similitud entre el ahora y mi mapa dibujado de memoria. De entre todos solo quedaba un nombre reconocible: la calle que ahora es Abasolo, donde vivían los hermanos que alguna vez lo golpearon. Imaginé que aquella familia habría dado algún diputado famoso. La avenida principal, cruzada de palmeras, ahora era una calle más de entre las miles. Según la memoria de mi padre ahí tendría que empezar la loma.

III

Paro un taxi: “Lléveme acá”. Nos vamos acercando poco a poco. Nada. Ninguna de las calles termina en muros altos ni en las rejas de metal que resguardan las tierras bendecidas. El aire se siente pesado, espeso. Me parece oír un silbido, un batir del aire que me hace comprender de una vez por todas: la ciudad quedó deshabitada con la muerte de mi padre y yo no puedo ser en ella más que un simple extranjero. Seguimos avanzando. Siento que el camino se alarga hasta no acabarse nunca. Trago saliva. Escucho una voz en el asiento del conductor, una voz como un aleteo que parece venir de más lejos, más allá de la ciudad y de su

gente: “Dicen que aquí empezaba un cementerio, pero que lo movieron de lugar hace mucho; cuentan que hubo restos sin reclamar y que acá los dejaron, bajo el concreto de la plaza; dicen que espantan en la noche, que nadie sabe de dónde salen, pero suenan los chirridos de unos pájaros negros sobre las casas”.

Doña Carmen

Por Fernanda Rodríguez Briz



Doña Carmen

Cuando los nudillos le piden descanso del amasado, Doña Carmen levanta la vista. El cuadrado de la ventana la ciega de tanto blanco y recién al rato la nevada le muestra que nuevamente ha ganado, que le ha desaparecido el camino a su pulpería. Allá por 1901, cuando levantó solita el negocio, el único de Plaza Huinca, lo bordeó con piedras que pintó con esmalte rojo que le acercó un puestero...

— ¡...Y para qué, si ahora está todo blanco! ¡Mire, vea!

—Si es como le digo, Doña Carmen, todo se va borrando. El camino a su puesto, los recuerdos, todo. Por eso es que tanto le insisto en que cuente.

—Nosotros mismos nos iremos borrando.

—Nosotros mismos, por eso es que le digo que...

Doña Carmen resopla, se limpia las manos y se deja caer sobre una silla tan torcida como ella.

—Bueno, a ver, siéntese y anote, anote que se lo cuento todo y ya me lo saco de acá adentro, que ya estuvo bueno de tanto silencio. Es como usted dice, si al final todo se va borrando. Y si no se lo cuento me va a seguir insistiendo y ya quiero que se devuelva pa la ciudad, que los del diario ese lo han de estar reclamando ya.

—Lo que pueda, Carmen, usted cuénteme lo que pueda.

—Recuerdos tengo, sí. Cuesta sacarlos, es eso.

Si poco había hablado Doña Carmen en su vida de puestera, mucho menos habló después desde que el malón se la llevó. Y ahora, con los años que han pasado, el periodista este que le insiste en que hable para llevárselo todo en un papel.

Esa mañana helada le devuelve a Doña Carmen los dolores de huesos que se fue ganando durante los años. Y aunque reprima sus ayes porque se ha vuelto dura como cualquiera de estas piedras que la nieve se obstina en volver invisibles, la memoria se le vuela livianita hacia ese otro frío de juventud, hasta el indio aquel que la alzó por los aires cual si fuera un yuyo. Clava la vista en la nieve y por fin cuenta:

—Así fue. Me arrancó, nomás. Con un solo brazo me alzó.

Allá lejos, cuando su abuela todavía era una niña, había empezado la guerra contra el indio, anota él. Y en 1868, cuando el brazo marrón la convirtió en cautiva, los malones seguían al acecho.

Frío y blanco mediante, su propio nombre se le mezcla con esos otros dos que también tuvo, fue “la Paial” para el indio (“Paiál” o “Paiali” que no tenía idea de qué quería decir) y después “la mudita” cuando la rescataron los soldados y dejó de ser cautiva en un lado

para ser cautiva en otro, que ese era el destino de las rescatadas, pasar del malón al fortín. De fortinera también se recuerda como “mi Chuzita”, así le decía el soldado ese que la consentía trayéndole galleta para que ella se la tuviera que pagar con un beso.

—El idioma del indio no era como el del cristiano, ¿vio?, eran como sonidos de perro enojado, así les salían de la garganta y una no entendía. Con nosotras eran puro gesto, puro hacernos así con el brazo, nomás, darnos miedo. Yo no era la única blanca ahí, había otras tres. En realidad levantaron nueve ese día, pero algunas se fueron muriendo, muriendo de llanto, ¿vio? No comían, lloraban nomás. Y ni le digo mientras el indio hacía lo suyo sobre ellas, en ese momento lloraban a gritos que se les rompía la garganta. Piel y huesito quedaron, así nomás fue. Yo no, yo pensaba: “yo acá me voy a aguantar todo, todo me lo voy a aguantar, seré otra mientras me tengan estos salvajes, pero igual sigo siendo yo adentro mío”, ¿no cree? Eso me decía, “yo voy a seguir viviendo como sea” —Doña Carmen se da palmadas sobre su pecho gordo antes de continuar—. Muchas mujeres decían que a ellas no se les irían a animar. ¡Ja!, que si se les atrevían “pobres de ellos, van a terminar atravesaos esos infieles”, así decían las muy tontas, las había escuchado yo toda mi vida y yo también me lo llegué a creer. Pero, ¿qué?, si cuando este me levantó por el aire y me asentó sobre sus piernas no tuve ni tiempo de respirar. ¿Qué me iba a defender? Lo mismo se habrán arrepentido tantas mujeres y tantos hombres, jóvenes y viejos, porque también se llevaban

machos, ¿eh?, sí, para ponerlos a trabajar en las cosas que ellos no querían. Después los mataban por diversión, ¿puede creer? Por pura diversión, yo lo he visto con estos ojos.

—Chuzita, ni bien nos den las tierras que nos han prometido, nos levantamos un ranchito juntos, ¿sabéi?
—le había jurado su soldado.

—No sé si usted podrá quererme cuando ya el indio me ha hecho suya más de una vez.

—Cállese, mujer, si ande terminemos sentando rancho nadie se va a enterar diso. Usted no hable de esas cosas, ¿me entendió? No diga nunca nada. Calle esa boquita, ¿sabe?

Y ella no habló, nunca más habló hasta hoy. Doña Carmen se recuerda muda y caminando, siempre caminando. Un día llegó la orden de dejar el Fortín y andar hasta Neuquén. Marcha interminable bajo temperaturas de espanto, ella perdía la noción del tiempo, resume; los días parecían durarle el doble y las noches la mitad que en la calma del Fortín. Días y días velados de viento blanco y dolor de huesos. Y eso que estaba acostumbrada a soportarlo todo, que era joven, sana y bien resuelta.

—Pero ese frío le mordisqueaba a una las orejas como un perro y volvía violetas los pies hasta que se les hacía una sola costra negra y ahí ya no se sentía nada. Detrás de toda la animalada íbamos nosotras, con los niños que

lloraban de hambre... hasta que no lloraban más, ¿vio?, porque se daban cuenta que no servía de nada. —Ella también llegó a llorar de hambre, dice, y el periodista escribe—. También el llanto me lo aprendí a callar. Mire, de vez en cuando se empacaba alguna mula y no importaba cuántos bastonazos se le diera, si no quería, no arrancaba. Pero nosotras no teníamos la misma suerte. A seguir caminando calladitas la boca, que si no, nos venía el rebencazo. Bien muditas, nomás.

El papel del periodista se cubre de hormiguitas negras que ella espía, pero no descifra: el sol de la cordillera que les transforma el rostro en cuero, el poncho encerado que no evita que las nevadas les calen las costillas. Que cuando tocaba comer las mujeres recibían menos que los hombres, dice, a ellos se los podía necesitar en cualquier momento y tenían que estar fuertes para el combate con el indio; ellas podían aguantar a puro yerbeado.

Una tarde la caminata llegó finalmente a donde les marcaron, cuenta, y parecía que terminaba la tortura. Pero no, quedarse en un lugar fijo las obligaba a reparar todo lo que se había echado a perder por el camino (los pies, las ropas). En el nuevo fortín lavaron y cosieron unas buenas pilas de trapos, y a los apurones además, porque apenas pudieran vestirse de nuevo saldrían a cazar al Ranquel.

—Ah, escuche, anote, anote esto: una noche estábamos ahí las mujeres, siempre en ronda, cosiendo y tomando

mate, y llega uno a los gritos “¡preparen los curativos, los curativos!”. Yo lustraba una paila, ahí estaba yo frotándola con tierra, si ni sabía coser. Ni sabía tampoco qué era eso de los curativos. La cosa es que habían dado al fin con el tal Baigorrita, el último cacique, “Baigorrita, lo tenemos, lo tenemos”, gritaban todos. Ni más ni menos, el trofeo de guerra, así decían. Y ahora estaba en manos de ellos y herido de bala. Todavía tenían que traerlo al campamento, pero ya lo tenían, había que coserlo y mantenerlo vivo pa mostrarlo en la ciudad. Anote eso, —el dedo de Doña Carmen golpetea la mesa—, anote.

El periodista llena su cuaderno. Doña Carmen vuelve a pasar la mano por su paila de ahora y sigue contando:

—Ahí nomás una que llamaban la Pasto Verde se paró como un resorte y dijo “yo lo hei de coser”. Quién sabe qué imaginaría, porque ahí nomás se fue a lavar la cara y se armó de nuevo las trenzas; se cambió el delantal gris por uno blanco limpito, me arrancó la paila de las manos y la puso a hervir.

El lápiz del periodista no alcanza a correr tan rápido, por más que intenta igualar la velocidad de la lengua de Doña Carmen y lo hace galopar.

—Todo estaba listo para coser al indio. Pasaban las horas, pasaban, pasaban..., y el indio no llegaba —Doña Carmen imita la espera de la muchacha aquella desde su cuerpo torcido de hoy—. Todas ahí, mirando hervir los trapos. Y esa, la tal Pasto Verde, que sigue y sigue

sacando filo a un cuchillito así de chico, por hacer algo, si no pasaba nada. Horas así. Bueno, vea, hasta que se le va doblando el cuerpo y la cabeza se le duerme sobre un poncho.

Recién clareando llegan los hombres y escuchamos lo que hablan: medio muerto, el Baigorrita este se puso a maldecir al blanco con fuerza tremenda. Herido y todo como estaba, gritaba que no se iba a dejar llevar, presentaba pelea, bah. Cuando por fin se desvaneció lo ataron a un caballo manso y lo venían trayendo para coserlo, que allá en Buenos Aires lo querían mostrar y encerrar. Pero después de una buena andada, de pronto sintieron un ruido: era él que se había arrancado las ataduras y se había tirado del caballo contra una piedra picuda y quedó desvanecido ahí, es contó el tropero. —El periodista piensa que en el diario seguramente van a ilustrar esa escena y lo linda que va a quedar—... “Y hubo que matarlo, nomás”, dijo, moviendo las manos, “no era sitio ni momento para andar esperando a que se terminara de morir, vio que los indios son tarderos para la Parca. Ya está, ya no se cose a nadie, cada una a lo suyo”, dijo y terminó ahí su cuento.

La masa ya levantó lo suficiente. La cautiva aquella y la fortinera en que la convirtieron después se retiran las dos de los ojos de Doña Carmen, la pulpera de ahora. Ella las ve yéndose, jovencitas con sus trenzas negras, por ese camino blanco que ahora ni siquiera se adivina.

Las sigue un rato, pero no demasiado.

Se pone a darles forma a los bollitos. Que ella ya no es aquellas dos; que esta de ahora, al fin y al cabo, es la dueña de la única pulpería de Plaza Huincul y tiene gente que atender, che.

—Y ustedé, periodista, a ver, ya hablé, ya anotó. Dese por satisfecho y vaya yéndose pa las casas.

Código rojo

Por Alfredo Loera



Código rojo

A la memoria de Pedro Loera Lomelí

El resplandor de la televisión era la única luz en la sala y don Esteban se encontraba absorto con sus gafas sentado en el sofá. Había permanecido ahí desde la tarde. Según su costumbre, observó la puesta del sol por la ventana, tomó una taza de café negro y se puso a ver la novela de las siete. Para esas horas, ya bien entrada la noche, toda la casa se hallaba en silencio, pues veinte años atrás había quedado viudo.

Ahora transmitían una película de gánsteres. Don Esteban no tenía gustos muy exquisitos; más bien, se trataba de pasar el tiempo, de soportar la soledad, pero en especial de soportar la vejez. La semana pasada había cumplido setenta y cinco años, no estaba seguro, en algún momento perdió la cuenta, tal vez, desde la muerte de su esposa, pero no podía aseverarlo; quizás un poco antes, cuando el último de sus hijos se fue de la casa.

La película estaba entretenida. Normalmente, al terminar la última novela, a eso de las diez, apagaba la televisión y se acostaba en el cuarto del fondo, donde tenía su antigua cama. Solo que esa ocasión, sin saber la causa, no se paró de inmediato, como pudo, a duras

penas, con sus débiles piernas, sino que decidió quedarse a ver el noticiero y después la película.

El mundo ya no era el mismo. Las imágenes detrás del hombre que daba las noticias le parecían las de un sueño, las de una especie de pesadilla. No entendió casi nada o, en todo caso, los detalles le aburrieron. Siempre era lo mismo. El gobierno corrupto, la crisis de la crisis de la crisis, las guerras en países llenos de locos y gente bárbara. Lo que sí era diferente, según recordaba, era la consciencia de la muerte tan cercana, pero no por sus años, sino por la forma que había adquirido la vida; quizás todo era culpa del gobierno, pero ahora, tenía la sensación de que se trataba de algo distinto; algo que había visto en sus hijos, en algunos de sus nietos. Se le manifestaba sin que pudiera realmente explicarlo. Pensaba que era la indolencia, la insensatez que se extendía a lo largo de la ciudad.

Por eso, esa noche en que la cercanía de la muerte le apesadumbraba más, la transmisión de la película lo tranquilizó un rato. Los efectos de sonido de la vieja película de los ochenta le daban la sensación de estar en otro tiempo, cuando su esposa aún no moría, cuando todavía era dueño de la miscelánea y sus hijos estaban solteros y se iban a los bailes del barrio. El lenguaje de los personajes, aunque violento, aún en esos años era honorable. Le gustaba la dignidad respetada por el villano. Observaba las persecuciones en los viejos carros, parecidos a lanchas, emocionado. Los balazos de los tiroteos donde los personajes se resguardaban atrás

de las puertas y las paredes de las casas. Le gustaba el sonido de esos balazos, no como los de ahora que en la noche, casi siempre, cuando intentaba conciliar el sueño, se oían secos. Era extraño que no se hubieran oído esa noche. Pensó que el ruido de la tele se los había ocultado. Tuvo curiosidad. ¿Se estaba quedando sordo? Tomó el control y silenció la tele. Aguzó la oreja. Nada: no se oía nada. Miró un instante los movimientos en la pantalla, los cuales sin sonido le parecieron inverosímiles. Presionó otra vez el botón del control y se escuchó una explosión, luego más balazos. Sin embargo, eran desiguales, no concordaban con las imágenes de la pantalla. Volvió a silenciar el aparato. Sí, allá se oían. Eran balazos en la noche, en la realidad, de cuando era un viejo.

Ya se les había hecho común que se suspendieran las clases. Desde el inicio de los asesinatos a plena luz del día, en los semáforos, cuando de un carro, como si nada, salían hombres con AK-47 y acribillaban a un conductor, y las balaceras nocturnas de varias horas, la dirección de la universidad había sido muy consciente. De nada iba a servir tener estudiantes muertos. Incluso, que se diera el caso donde un estudiante de la institución hubiera perdido la vida por estar en los salones o salir tarde rumbo a su casa: iba a ser muy mala publicidad. No era la primera vez que a Roberto le cancelaban su clase, lo que en ocasiones resultaba un alivio, pues aun así recibía su pago y llegaba temprano a su departamento, a eso de las once de la noche. Lo extraño esa vez había sido la cara de terror de la

coordinadora. No solo él lo notó desde el pizarrón absurdamente anticuado de gises, sino también los veinte estudiantes desde sus bancos. La licenciada les había dado el aviso con la garganta cerrada y los ojos completamente dilatados. Aunque sus palabras habían sido las mismas que otras noches: “Muchachos, por su seguridad se suspenden las clases. Todos directo a sus casas”. Esta vez no era únicamente algo preventivo, sino se trataba de una amenaza inminente.

Los estudiantes se pusieron de pie y tomaron sus cosas. Roberto todavía con el gis en la mano los miró salir en pequeños grupos. Algunos se notaban asustados; otros, un poco incrédulos y sonrientes. La mayoría de ellos eran trabajadores de maquilas automotrices y textiles de la ciudad, donde se producía mercancía para enviarla a los Estados Unidos. Se encontraban ahí para sacar el título, en el turno nocturno de la universidad, que había encontrado su nicho de mercado en toda esa gente. Roberto se despidió de dos o tres muchachas, apenas menores que él por dos o tres años, y comenzó a borrar sus anotaciones en el pizarrón para disponerse a salir, un tanto aliviado de que otra vez su jornada terminara temprano.

Miró su explicación del eterno “*verb to be*” y fastidiado borró. Tomó sus cosas y dejó el salón. El pasillo ya no mostraba a nadie y caminó hasta la oficina de la coordinadora para firmar su salida. Ahí se encontró con otros maestros y le llamó la atención la consternación de la atmósfera; estaba mucho más pesada que otras

noches. La coordinadora explicaba que había caos en la ciudad. Habían bloqueado algunas avenidas principales, incendiado autobuses, camiones de carga, tráileres. Lo peor de todo es que habían llamado a la dirección porque amenazaban con asesinar a todos los que se encontraran en el edificio después de las diez.

Todos salieron de la oficina espantados. Roberto se quedó al último, como si le costara reconocer el miedo corriendo por sus venas. Era una sensación antigua, pero de algún modo irreconocible, como si se tratara de la rememoración de otro tiempo, aquel de sus antepasados; pero jamás experimentada en su vida. Salió a la explanada principal. La coordinadora, con el apoyo de otros maestros, vociferaba a los estudiantes que todos debían irse en los cinco minutos siguientes.

* * *

A pesar de los rumores se había atrevido a ir él solo, porque creía estar enamorado. No estaba seguro. No le gustaba la idea. Le agradaba convencerse de que estaba ahí porque por primera vez se comportaba como un adulto. cursaba el segundo semestre de administración. Tres semanas antes uno de sus amigos lo había llevado ahí.

La verdad es que era un ténbol común y corriente; incluso, no era de los más lujosos de la ciudad. No

obstante, desde la primera noche Miguel se había hecho asiduo por Isis, una de las muchachas más cotizadas del sitio. Era delgada, de cintura estrecha, bellos senos y caderas amplias. Su rostro era delicado. Su cabello largo y lacio le alcanzaba la mitad de la espalda. En verdad él creía que la amaba. Había sido a primera vista cuando la vio salir al escenario y contonearse sobre la tarima y saltar sobre el tubo vestida con la tanga. Ese cabello ondulando al menear por esa espalda esbelta lo había hechizado. Llamó al mesero para preguntar su nombre y pedirle que se sentara junto a él. Con ella lo supo desde el principio, no le importaba gastar su escaso dinero.

Cuando ella se paró frente a él se olvidó de todo. Era como si de pronto esta mujer llamada Isis se hubiera convertido en su novia. Al menos así la trató desde el primer momento. Así se burlaron sus compañeros en los pasillos de la universidad días después, y por un tiempo esto lo hizo dudar de volver. Pero lo cierto era que la traía entre ceja y ceja. La soñaba, la extrañaba, y al siguiente fin de semana convenció a los amigos de visitar el lugar de nuevo sin importar los rumores, las muertes, las balaceras, que cada día se incrementaban casi como una enfermedad incurable. No podía negar que en la segunda ocasión estuvo nervioso. No solo la deseaba, sino la amaba. ¿Cómo podía amarla? Era una teibolera, con cientos de clientes a quienes trataba con la misma amabilidad y sonrisa. ¿Los trataba igual a todos? No estaba seguro. Desde la primera noche advirtió una empatía diferente. No lo sabía, al menos no lo supo hasta que ella estuvo de nueva cuenta frente a

él. La sentó en sus rodillas. Ella era como su novia. Quizá mejor que una novia. No podía ser que esa amabilidad fuera la misma con todos.

* * *

Ciertamente la ciudad se había vuelto extraña. Pero, ¿desde cuándo? No podía saberlo. Había sido como un cáncer que fue creciendo y no se manifestó sino demasiado tarde, igual que el cáncer que mató a su esposa. No importaba lo viejo que estuviera, las arrugas y las manchas de sus manos no le servían para nada, sino para sentirse todavía más confundido que en su juventud. Ahí se oían, de un modo sordo, tan distintos a las películas. Por eso, tal vez tiempo atrás tuvieron dificultad para distinguirlos. Los balazos en la noche enrarecida no sonaban como balazos, sin embargo eran balazos. Tal vez eso era lo más frustrante de todo, el hecho de no saber, de no conocer, de no comprender. La vejez, los setenta y cinco años y las débiles rodillas se le presentaban ridículos, tan cerca de la muerte y aún sin ser capaz de entender lo que ocurría, sin ser capaz de reconocer los ruidos de la noche, los ruidos de esa noche tan desconocida.

La luz del televisor continuaba resplandeciendo en su rostro
aja
do, se reflejaba en los cristales espesos de sus gafas. Ya no podía concentrarse en la trama de la película. Ahora

para él también lo que se proyectaba en la pantalla era un cuento de niños. Esas balaceras de revólver parecían una estúpida pantomima. A pesar de su leve sordera otra vez se escuchaba la ráfaga en el horizonte. Volvió a silenciar el televisor y se puso de pie con dificultad. Se acercó despacio a la ventana sosteniendo la taza de café frío que había permanecido ignorada por varios minutos en la mesita de la sala. Observó la calle solitaria. Todo lucía tan normal. Cualquiera diría que estaba paranoico, que escuchaba cosas inexistentes, como cualquier otro anciano con insomnio, temeroso de la muerte. Pero no era así. Esta vez el estruendo se escuchó nítido. Estos cabrones ya empezaron con las granadas, se dijo. Han de estar en el bulevar.

Y esa conjetura no le alivió, ni le generó certeza de nada. La vejez le estorbaba para comprender. Él lo advertía. ¿Por qué se mataban entre ellos si la ciudad daba la impresión de estar tan tranquila? Intentaba imaginarse las armas, el tiroteo, a partir de los ruidos. Pero no podía, la mente no le daba para visualizarlo con nitidez, ni los motivos, ni los hombres. Las pocas veces que salía de casa durante el día, a pagar la luz o el agua, no veía nada fuera de lo común, la misma miseria y mediocridad de siempre, solo esa indolencia de las generaciones actuales. ¿Eso era? ¿Eso era el origen de esas balaceras por la madrugada? Era incapaz de clarificarlo. Se sentía impotente. Le frustraba. Iba a ser una noche larga.

* * *

Roberto subió a su Atos blanco. Lo acababa de sacar de la agencia tres meses atrás. Era un carro bueno, según sus pretensiones. Había tenido cierta indecisión en aceptar la deuda, pero lo cierto era que lo necesitaba para ruletear las clases para ir de un lado para otro a lo largo del día, de una preparatoria a otra, de una universidad a otra. No podía fiarse de que la máquina le fallara. Así perdía más dinero y además se evitaba molestias. Eso le ocurrió constantemente con la carcacha que tuvo antes, de continuo se descomponía. Algunos conocidos le aconsejaron que no se endeudara, en especial, porque sus trabajos, aunque múltiples, no eran nada seguros: sin prestaciones, ni antigüedad, sin saber si sería contratado los siguientes semestres; sin saber las materias asignadas: muchas ocasiones las aceptó a pesar de desconocer completamente el tema. Necesitaba el dinero, no podía darse el lujo de ser correcto y confesar que esa no era su área, mejor se ponía a estudiar: inglés, literatura, historia, contabilidad, física, química, lo que viniera. Pero para eso necesitaba más tiempo, al menos llegar lo más pronto posible a su departamento para estudiar, aprenderse de memoria los conceptos, las soluciones correctas, sin estar del todo seguro de la razón de ello. Ese Atos nuevo a pesar de la deuda lo hacía sentirse más seguro. Tener mayor control, según consideraba. Al menos no le fallaría y no lo dejaría tirado en medio de

la noche. En especial en medio de noches como esa donde se había decretado el código rojo, pues las bandas del crimen organizado que asolaban al país entero se disputaban la ciudad.

Ya se oían los balazos, las detonaciones, ya se oían. Las escuchó al bajar el cristal de la ventanilla, a lo lejos se oían, indefinidas, pero no por eso ausentes. Los otros carros del estacionamiento ya se alejaban. La pequeña universidad nocturna quedó vacía. Aun así algunos estudiantes caminaban por la acera contigua. Roberto se sintió solo y miserable de ver a un grupo de ellos. Apenas dos o tres años menores que él. Le resultaba extraño, en ocasiones, dirigirse como el profesor. Pero ese distanciamiento que le molestaba en los pasillos del edificio fue lo que le animó a arrimar el vehículo a la acera oscurecida. Eran dos muchachas y un muchacho.

—¿Adónde van? Yo los llevo.

Los estudiantes sin pensarlo subieron al pequeño auto. Roberto sin decir nada aceleró. Extrañamente no había mucho que comentar. Agarró rumbo hacia el bulevar que los llevaría a la zona céntrica. Le pareció raro cómo la ciudad se vaciaba sin que nadie pudiera notarlo. Roberto, por instinto, escrutó el panorama de casas silenciosas, comercios cerrados, carros estacionados, iluminados por arbotantes melancólicos. ¿En verdad había tanto peligro? Intentó relajarse y volteó a ver a la chica que iba sentada en el copiloto. Era linda, de cabellos rizados, largos y castaños. Vestía unos jeans y una

chamarra ligera de mezclilla. Pensó en sonreírle, ser amable, pero el terror en esos ojos un tanto infantiles lo detuvo. Miró hacia adelante, a lo largo del trayecto que había tomado. Entonces, como si no comprendiera lo que pasaba, aguzó el oído para poder distinguir algo: ahí se escuchaban, como ecos, las detonaciones. Continuaba sin saber de qué parte provenían. De pronto se le vino a la mente que ese esfuerzo resultaba inútil. No importaba: venían de todas partes. La ciudad entera a pesar de la aparente calma frente a sus ojos estaba inmersa en un tiroteo.

Por pura inercia al ver el semáforo en rojo detuvo el pequeño Atos. No pasaba nadie. La luz amarilla de los arbotantes de la avenida hacía que el lugar se sintiera más solo.

—Sabe qué, profe —dijo una voz a sus espaldas—, mejor dele, dele. Hay que darle rápido. No vaya a ser que nos agarren aquí.

Tenía razón, pero también le extrañó que ese joven, que igual pudiera ser un amigo suyo, se lo dijera y, más aún, que estuviera ahí sentado en el asiento posterior y que apenas se hubiera dado el tiempo para observarlo por el espejo. Era moreno y delgado, de ceja poblada y ojos negros e incisivos, muy parecidos a los suyos. Al lado de él se hallaba la otra muchacha de la cual también, sin comprender la razón, se había olvidado. Era un poco más llenita, de cabello lacio hasta los hombros. No pudo

ver más, pues como si hubiera descubierto su descuido, aceleró.

—¿A dónde van, muchachos? —se le ocurrió decir.

—¿Usted a dónde va, profe? —contestó el estudiante. Las otras dos estaban absortas. Habían delegado el diálogo a su compañero.

—Yo voy para la Colón e Hidalgo, pero no importa a dónde vayan, yo los llevo.

—Es que sabe qué, profe, nosotros vamos hasta Gómez.

Para llevarlos tendría que pasar por el río. Precisamente la frontera entre los dos cárteles. No iba a ser buena idea cruzar esa noche, mucho menos en medio de la disputa. No lo pensó mucho.

—Entonces tendrán que quedarse en mi casa —les dijo y nadie comentó nada.

* * *

El humo del cigarro inundaba por completo la cabina. Los dos hombres fumaban dentro de ella, vestidos con sus uniformes de municipales. Fredy, que ocupaba el asiento del piloto, había decidido estacionar la patrulla en un lugar apartado, detrás de una de las colonias más ricas, entre los muros de la cerrada y el canal de riego

que hacía una barrera urbana con otra colonia mucho menos ostentosa cercana al aeropuerto. Por esa parte el camino era de terracería y por lo mismo no transitaba ningún carro. Por demás, había unos árboles ficus frondosos y con la altura suficiente para dar la sensación de resguardo.

Él y su compañero, Ramiro, estaban a oscuras. A lo lejos, cualquiera que pasara solo distinguiría el brillo incandescente de los cigarros cuando daban las caladas.

Se oía los disparos en el horizonte de la noche. De vez en cuando se comunicaban por el radio para verificar si ya había acabado el tiroteo y poder salir.

—¿Qué mamada? —dijo Ramiro—. Yo la neta ni de pendejo salgo contra esos cabrones. Pinches pistolitas pedorras que traemos. Además, yo tengo familia.

A pesar de que habían decidido no intervenir como todos en la corporación, no dejaban de sentirse culpables.

Fredy lo escuchaba mientras observaba las luces del otro lado del canal. De pronto se escuchaban. Le parecía contradictoria, por otra parte, la calma. Esas casas con gente dormida o despierta, oyendo el desmadre del cártel. La verdad es que nadie podía hacer nada. Estas eran mamadas de los federales y el ejército. Ellos eran los que no se ponían de acuerdo con los cárteles.

—Sí, compa, no hay que meternos —contestó—, aquí nos quedamos.

—¿Verdad que sí? No estamos tan pendejos como para jodernos así por nada. De todas maneras es cosa de que ya pacten. Que lleguen a un acuerdo y nos dejen trabajar en paz.

—Ey, esperemos que ya con este desvergue arreglen algo.

Fredy no se hacía ilusiones. Tampoco era que se hubiera metido de policía para cambiar nada. Ya no era un niño. Nadie de sus compañeros era un niño. Se había metido a la corporación para sobrevivir. “De chingar a que me chinguen, mejor chingar. Como todos en esta pinche ciudad, en este pinche país”. No eran ningunos niños, aunque se acordara que de morro jugaba a los carritos, a las persecuciones, y con su boca hiciera el ruido de la sirena, el ruido del derrapar de las llantas. Mientras exhalaba el humo y continuaba mirando las luces del otro lado del canal, al rememoralo no pudo evitar dibujar una leve sonrisa. Cuánta mamada se imagina uno de chavalito. Pero la realidad era otra. Por eso, como decía el pinche Ramiro, quien desde un rato atrás había terminado su cigarro y ahora miraba absorto hacia la nada, lo mejor era estarse quietos ahí hasta el amanecer. Se trataba de sobrevivir. Eso era lo único importante. De cualquier modo, desde las primeras semanas de entrar a la corporación notó que el comandante estaba con el abecedario. De pendejo que

iba a hacer algo en contra de sus intereses. Solo quería que lo dejaran trabajar: detener borrachos, parejitas furtivas y, si bien le iba, la buena acción del día, como ayudar a alguien si se ponchaba, ir a verificar si alguien robaba una casa habitación. Puras cosas comunes, eso era su chamba y eso era ser buen policía. Eso era lo único importante, lo que bastaba, lo que estaba dispuesto a hacer. Por eso se convenció de salirse de las maquilas. “De chingar a que te chinguen, mejor chingar”.

* * *

Lo cierto es que esa noche el lugar estaba medio lúgubre. Tal vez porque era temprano. Había pocos clientes. En la ciudad se decía que ya no era bueno salir de noche, porque existían amenazas de toque de queda, de que iban a reventar comercios, universidades, restaurantes, moteles, antros, todo lo que estuviera abierto después de las diez de la noche. Miró su reloj y apenas eran las ocho. Al venir conduciendo tuvo temor de que estuviera cerrado; cuando lo encontró abierto, lo poseyó la idea de que esas historias de las balaceras eran puros rumores. Seguramente se daban con más frecuencia que unos años atrás, pero a él nunca le había tocado nada, nunca había visto nada. Por otra parte, necesitaba verla. La semana había sido larga y la extrañaba. Necesitaba sentarla en las rodillas, oler su cabello lacio y ver sus ojos, que a pesar de llevar pupilentes verdes a él le

parecían bellísimos. Pidió una cerveza y el mesero inmediatamente se la sirvió. Comenzó a beber y al dar el primer trago pensó que si la noche estaba tan muerta, tal vez ella aceptaría irse a otra parte. La vez anterior no quiso, porque le dijo que aún había muchos clientes. Eso lo fastidió, pero muy probablemente esta vez sería otra cosa. Una de las muchachas salió al escenario y empezó a bailar para los pocos comensales.

* * *

Después de pasar unos momentos cerca de la ventana sintió cansadas las piernas. Regresó al sofá a seguir mirando la tele. El resplandor no paraba. La película había terminado para dar espacio a los infomerciales. Pero él ya no miraba las imágenes proyectadas. No le decían nada. Se quedó con la mente en blanco unos minutos. Solo escuchaba a lo lejos las ráfagas, taca taca taca, taca taca taca. Buscaba imaginarse a los hombres que estarían disparando, porque desde luego se trataba de hombres, como él, aunque no tan viejos. No podían ser otra cosa que hombres, a pesar de que nadie pudiera detenerlos. Todo resultaba tan absurdo, ¿cómo era que la policía no hacía nada? ¿Cómo era que el gobierno se notaba tan rebasado? En sus tiempos nada de eso ocurría, pero ¿era porque estas bandas ahora resultaban mucho más poderosas? No estaba seguro. En el barrio, pensándolo mejor, sí había visto a los cholillos

que vendían la droga, a la gente del punto, como les decían. Pero al sentirlos tan insignificantes no podía creer que ese tipo de hombres fueran los del cártel, los mismos que ahora a lo lejos realizaban las detonaciones. ¿Cómo era que ahora tuvieran tanto poder? Pues según recordaba siempre habían existido, siempre habían estado ahí. Tenía la sensación de que él mismo podría hacer algo, de no ser porque estaba viejo. Tenía la intención, mas no estaba del todo seguro, no podía comprenderlo a cabalidad. Esa misma confusión fue la que lo hizo ceder para cerrar la miscelánea que tenía instalada en la parte frontal de la casa. A regañadientes lo hizo, pues sus hijos lo obligaron con continuos reproches después del tercer asalto. Sin saber realmente el porqué, aceptó. Tal vez porque, por la edad, ya estaba cansado de trabajar, independientemente de si lo asaltaran una cuarta ocasión o no. Lo de los asaltos era lo de menos, que lo encañonaran no le importaba, la merma era la pérdida del dinero. Pero por eso ya nunca traía el fajo de billetes en la bolsa, sino solo el cambio para atender la venta.

La luz del televisor de los infomerciales continuaba resplandeciendo en los cristales de sus gafas. Sí, no lo comprendía. No parecían tan fuertes. Los tiempos habían cambiado y ya no eran los mismos que solían ser. Desde hacía muchos años, específicamente desde la muerte de su esposa, el mundo le parecía extraño. Muy probablemente no estaba viendo bien las cosas. Lo cierto era que en el último asalto ni le habían robado nada.

* * *

Roberto ahora conducía por una de las calles secundarias cercanas al aeropuerto. Había decidido evitar los grandes bulevares. La ciudad casi por completo se mantenía quieta. Le daba la impresión de que él y los estudiantes subidos en el Atos eran los únicos perdidos en el fuego cruzado que no se dejaba de escuchar, espectral a lo lejos. A pesar de esta sensación alucinante Roberto se decía, al conducir, que era mejor no verlos y no hallarse con nada. Sin embargo, no era una ilusión, ningún ensueño; cada vez que se tranquilizaban los balazos, volvían a oírse con más estruendo, taca taca taca taca. Roberto intentaba convencerse de que había tomado una buena estrategia al transitar por vías secundarias hasta que en la calle estrecha tuvo de frente dos grandes faros luminosos. Por un instante su mente no pudo convencerse de lo que ocurría. Su mente buscó por un segundo otras explicaciones. Era una camioneta grande la que estaba ante ellos. Lo más extraño es que venía a gran velocidad en sentido contrario y que no se detenía. Roberto no pudo dejar de titubear unos segundos. ¿Qué era lo que pasaba? Ya lo sabía, pero su cabeza no podía comprenderlo. Como pudo orilló el Atos y el otro vehículo pasó al lado a gran velocidad, como si no los hubiera visto.

* * *

Fredy desde el otro lado del canal, resguardado en la patrulla oscurecida, observó una camioneta Ford Lobo color gris llena de sicarios casi estrellarse con un Atos blanco.

—Pinches pendejos, les dicen que no salgan y ahí siguen. Por eso los matan, por hacerse los que no pasa nada. Pinches hijos de la chingada, tuvieron suerte.

Luego miró cómo el Atos después de evitar el choque con la camioneta reanudó la marcha.

—Ya métanse, chingado —volvió a decir y tiró la colilla del cigarro. Notó que el pequeño Atos se perdía en las calles. Se volvió a mirar a su compañero que ya estaba dormido y pensó en hacer lo mismo, así que se recargó en el respaldo y cerró los ojos. Luego entendió que no tenía sueño y resultaba inútil.

—Pinche gente pendeja.

Después otra vez se sintió extraño, con un dejo de culpa, mas comenzó a tranquilizarse cuando recordó que él ni nadie de la corporación iban a poder hacer mucho. “Nosotros solo queremos trabajar. A mí nomás déjenme trabajar. De chingar a que te chinguen, mejor chingar”. Él ya no era ningún pendejo. Intentó recordarse que por eso se había metido de policía, a pesar de que la paga era poca, porque él ya no era ningún pendejo. Sería muy pendejo de su parte salir a enfrentar al cártel. Él ya no lo era. Sacó otro cigarro y lo encendió. El Ramiro continuaba dormido en el asiento de al lado. Él ya no lo

era. No lo era desde que renunció en la maquila. Y no era que la paga en la corporación fuera mejor. De hecho, le pagaban casi la mitad que antes, pero lo que ya no pudo soportar fue la frustración, el maltrato, la jodidez de esa pinche empresa, al hijo de la chingada del supervisor, al pendejazo del gerente. Las pinches horas interminables en la pinche línea de producción de las partes de autos. Los pinches turnos. Las pinches horas extras enjaretadas de agüevo. Eso sí le encabronaba. Por eso él ya no era ningún pendejo. Ahora en esa noche ahí sentado en la patrulla fumándose un cigarro estaba mucho mejor. El pedo de los cárteles no era su pedo. Eran rollos del gobierno. Tenían que pactar para que los dejaran trabajar. Ese jale le agradaba más que estar en la pinche línea de la maquila. En las pinches horas extras ensartadas de agüevo. Por eso renunció. Porque el supervisor le dijo que si no se quedaba, ya no regresara.

—Ahí'stá tu pinche jale —le dijo.

* * *

Isis ya sale al escenario. Miguel la observa junto a los otros clientes y es cuando el comando entra a sus espaldas.

* * *

Roberto después de evadir la camioneta ya no supo muy bien qué hacer. Miró a la muchacha a su lado derecho, quien en ningún momento se había vuelto hacia él. Luego echó un vistazo por el retrovisor y encontró los ojos del estudiante.

—Dele, profe, para su casa.

Los balazos se oían cada vez más cercanos, pero Roberto al intentar mirar a la otra chica, quien estaba con la cabeza agachada sobre sus rodillas, no podía distinguir de dónde venían. Por la necesidad de moverse rápido a la zona poniente decidió agarrar el bulevar, y ese fue su error. A unos cuantos metros resplandecían las llamas sobre un tráiler atravesado. Apenas tuvo tiempo de frenar para no impactarse. Al intentar dar reversa y retomar otro camino, varios hombres, que salieron de alguna parte, los alcanzaron. Apuntaron contra ellos sus AK-47. Roberto no supo por qué se detuvo. Días después se lo preguntó constantemente como en un delirio. Tal vez hubiera podido atropellarlos, pero el sonido tan contundente de la ráfaga tirada al cielo lo paralizó. Abrieron las puertas y los sacaron a los cuatro. Eran hombres comunes y corrientes. Solo que en ellos ya nada importaba. Vio cómo se llevaron a las muchachas, que gritaban y pateaban mientras entre varios las cargaban. Se subieron a unas camionetas y desaparecieron. A él y al estudiante los dejaron junto al resplandor hirviendo del tráiler.

* * *

No le habían robado nada porque la señora que también estaba en la miscelánea comenzó a gritar como loca, al ver que el otro hombre de unos treinta años, barbón de pelo negro, lo encañonaba frente a la pequeña caja metálica. La mujer gritó tanto que distrajo al asaltante. Don Esteban solo se quedó parado sin saber lo que ocurría en ese mundo extraño, como ahora se paraba frente a la ventana para mirar la noche, donde nada se movía y podría parecer una noche apacible si no fuera por las detonaciones que no dejaban de escucharse como venidas desde el cielo. Siempre que lo recordaba jamás le era posible explicarse cómo la mujer comenzó a darle de golpes con la bolsa hasta que el asaltante salió de la tienda.

Después de unos minutos cuando la señora se fue él también salió a buscar una patrulla. Cuando la encontró y les contó a los policías lo sucedido, lo ignoraron.

San Arvey. Santo tatareto

Por Andrés Felipe Escovar



San Arvey. Santo Tatareto

1

Tatareto. Jamás tartamudo.

Tatareto lo llamaron y llamarán los nacidos y crecidos en el mismo lodazal en donde él nació y creció.

2

Lo cuentan los biógrafos y hagiógrafos de Arvey: la mamá ignoraba su preñez porque no tenía ni retrasos menstruales ni abultamiento del vientre.

Y, una tarde, mientras se estiraba entre el barro, estornudó.

Y excretó a Arvey.

3

Esa forma de nacer fue la primera señal de un cuerpo alejado de los motivos que Dios otorga a sus criaturas para que no se maten.

4

Arvey crecía en el lodazal, cuadrangular y extenso como una sabana impensable, que fulguraba en medio de la selva a donde nadie se atrevía a ingresar.

5

Un coterráneo de Arvey atentó contra su vida cuando él tenía un año de estornudado y apenas gateaba: le hundió la cabeza en el fango y lo dejó tirado.

Arvey levantó su cara sucia y balbuceó en esa lengua arcana que desaparece con el habla.

6

Cuando pudo correr, Arvey se fue hasta los límites del lodazal y descubrió los árboles en cuyas ramas burbujeaban furores.

7

Arvey se adentró en la selva y conoció la negrura.

Y, desde la negrura, una fiera se le abalanzó.

Entonces él lloró de pánico y la fiera lloró con él.

8

La mamá encontró a su hijo al lado de un animal muerto de desdicha. Ella tomó al cadáver con una mano y, con la otra, a Arvey.

Y esa noche sus bocas conocieron la carne de una bestia deliciosa.

Una bestia a la que llamaron arvey.

9

Muchos arveys murieron de tanto llorar mientras Arvey sollozaba; los arveys aparecían con el hocico pegado a las piernas desnudas de Arvey.

10

Todo hijo trae un pan bajo el brazo.

Arvey, al no ser un hijo cualquiera, trajo muchas carnes con su llanto.

11

Los habitantes del lodazal comieron y conocieron el deseo de hartarse.

Y, en vez de adentrarse en la selva, la desaparecieron.

Talaron los árboles, comieron carne de arveys o de cualquier otro animal que se escondiera entre las raíces, sobre las ramas o en las copas de la depredación.

12

Cayeron troncos como los dientes de Arvey.

En las encías de Arvey brotaron colmillos tan grandes como los de los arveys.

Y nacieron gusanos en las encías de los troncos.

13

Entonces su apodo, el de Arvey, coincidió con su nombre y todos le dijeron arvey.

Cada sílaba emanada de su boca, la de Arvey, se repetía hasta cuatro veces y, al terminar de salir, se disparaba un residuo de saliva, como la de los arveys próximos a su muerte.

14

—¿Sabes en qué se parece un arvey a Arvey?

—...

—En que ninguno de los dos sabe hablar.

Y Arvey lloraba.

15

Y los arveys del extrarradio del pueblo, cada vez más amplio, caían de los árboles y lloraban hasta perecer.

16

Las cosechas de arveys crecían cuando Arvey se encerraba a llorar en un tronco hueco.

Los recogedores de arveys cantaban canciones en las que se repetían las sílabas de cada palabra, agradeciendo la tartamudez de Arvey y su llanto.

Los berrinches eran Arvey: Arvey era los berrinches que dieron comida a su pueblo.

17

Arvey creció y le nació un bozo liso, negro, arriba de su labio superior, parecido a las barbas de los felinos que fueron mascotas.

Él intentaba arrancárselo con los dedos y puntos de sangre rebalsaban los poros; Arvey se pasaba la lengua por las heridas hasta que el sabor de los glóbulos rojos se mezclaba con el reflujo que venía de bien adentro.

18

El pelo de su cabeza era grueso y crecía hacia el firmamento, como si algo de arriba lo llamara.

Para evitar que sus pies dejaran el suelo, Arvey engordó.

19

Arvey pidió que lo dejaran jugar el partido de fútbol, pero nadie lo escogió.

Luego repararon en que no había balón y Arvey escondió sus extremidades y cabeza, como una tortuga, hasta hacerse un ovillo de carne que sirvió de pelota.

Las patadas magullaron su espalda.

20

Arvey, al sacar los brazos, las piernas y la cabeza, semejó los hombres apedreados por no compartir la carne de los arveys.

Durante su regreso a casa algunos vecinos se prosternaron ante sus pasos.

21

A los amiguitos que lo patearon, los colgaron en los árboles secos y Arvey los perdonó sin saber por qué, mientras ellos se balanceaban, inertes.

22

Arvey tuvo nuevos amiguitos y jamás los perdonó.

Solía perdonar a los muertos cuando entrecerraba los ojos en las noches y el piar de las aves cercaba sus sueños.

Él y su madre algún día morirían: debía perdonarla y perdonarse.

23

—Me-me-me-me lla-lla-mo Aaaaarvey —contestó cuando la profesora le preguntó por su nombre.

Tartamudo escribió la profesora al lado del nombre del estudiante en la lista.

Tartamudo fue la primera palabra que escribió Arvey. *Soy* fue la segunda.

Tartamudo soy.

24

Cuando aprendió a escribir palabras y juntarlas supo que se le atascaban en el aire al salir de su boca.

Aprendió la vergüenza.

Y escribió: “Soy Tatareto. Tatareto Soy. Tatará/Ta Taré/Tatareto”.

25

Firmó los papeles puestos sobre el escritorio del inspector, el día después de que entregó a su mamá al fango que habitaban los recién muertos.

Ahora era el dueño del pedazo de tierra que otrora fue selva.

Lloró como todo huérfano y ningún arvey murió: los que quedaban huyeron al núcleo de la jungla.

26

Arvey compró semillas.

Mientras las sembraba, tatareaba palabras que se prolongaban en sus adentros hasta hacerlo sonreír y responderse.

Y todo porque no tenía con quién hablar en el día. Tampoco en la noche.

27

Los que fueron sus amigos y no perdonó se casaron y tuvieron hijos.

Y esos hijos no pudieron patearlo porque Arvey ya no era gordo: al ocultar sus extremidades y su cuello semejaba un palo.

28

Los niños colgaban en Arvey sus abrigos cuando iban a jugar en el campo aledaño a su propiedad.

Él los miraba a través de su piel: el mundo se filtraba con sus tejidos.

Y esos tejidos le dolían porque transformarse en palo era tan doloroso como los puntapiés de sus viejos amigos.

29

Uno de los niños se enojó; tomó a Arvey-tronco y con él golpeó a otro niño, que cayó exangüe.

Los padres del recién fallecido quisieron vengarse.

Y los padres del asesino, para conjurar la venganza, trajeron a un letrado que dictaminó que el homicida era el arma, mas no el niño.

30

Abrían la celda de Arvey todos los mediodías; él salía y se acostaba bajo la sombra vertida por el Abarco de la plaza y comía el almuerzo. Con el catorceavo toque de las campanas de la iglesia, regresaba a su presidio y se recostaba a esperar el piar cada vez más lejano de las aves.

31

No supo cuántos días y noches hubo entre la primera jornada de encierro y la última, cuando otro letrado venido de la ciudad lo llevó a la plaza y, bajo el Abarco, anunció al pueblo la libertad del hombre que los liberó de la hambruna cuando fue un niño.

Todos vitorearon el nombre del tatareto, aunque el letrado le decía tartamudo.

Y Arvey volvió a ser libre.

32

Regresó a su heredad, ahora llena de árboles jóvenes donde se escondían arveys que murieron apenas Arvey sollozó con su retorno.

Luego de ahitarse con la carne muerta, sembró, tatareó y sonrió.

Entre tatareo y tatareo, quema, remoción de tierra y siembra, aparecieron las botas de unos hombres que, armados, dijeron venir desde lejos para liberarlo.

—Deee qu-qu-qu-é me-me van a li-li-berar...

—De usted.

Arvey intentó dejar de ser Arvey mientras ellos comieron todas las semillas, orinaron y defecaron su campo y platos y salieron en busca de nuevos hombres presos a quienes liberar.

Arvey lloró, vomitó y limpió su pedazo de tierra y casa, y decidió pasar las tardes como un palo.

—Hemos venido a liberarlo.

—¡De qu-qu-é me-me van a lili-be-be-rar!

—De los que lo liberaron antes.

—Pe-pe-pero si e-ellos ya se-se fueron...

—No. Están en su cuerpo.

36

Refugiado en la sombra del deshojado Abarco, con una botella de aguardiente en la mano y azotado por el despecho, el comandante de los Nuevos Libertadores pidió a los habitantes del pueblo alguna demostración que lo hiciera sonreír.

Arvey se paró frente al batallón e introdujo su cuello y extremidades entre el tronco.

Y fue un mazo escuálido.

37

Nadie hizo sonreír al comandante mofletudo.

Y nadie lo detuvo cuando tomó a Arvey-palo, lo esgrimió como si fuera su badajo gigante y golpeó en la cabeza de alguno que otro poblador...

38

Los muertos fueron la cena de los Nuevos Libertadores.

39

Los Viejos Libertadores, escondidos entre la gente, huyeron hacia los archipiélagos de selva, diseminados

como sobras de una orgía, y subieron a los árboles para otear las fogatas en donde se asaban a los asesinados.

40

Del cielo cayó una lluvia que hizo del suelo un vidrio cuarteado por los pies de los habitantes que aún no morían.

41

Arvey abandonó el pueblo, arrastrándose como una sierpe.

Lloró entre un desnutrido follaje, engulló arveys tan flacos como él y se topó con los Viejos Libertadores que bajaron de los árboles.

42

La venganza dejó de ser venganza y Arvey volvió al pueblo con un mensaje de los Viejos Libertadores y se lo tataretió a los Nuevos Libertadores.

43

Los combatientes se sentaron en una misma mesa a discutir cosas que nadie del poblado comprendió.

Rubricaron el acuerdo por la vida nueva y decidieron trenzar una última batalla representada en un partido de fútbol.

Pero no había balón: Arvey estaba flaco y, por más que lo patearan, jamás rodaría.

44

Los comandantes exigieron a los sobrevivientes una solución para el festejo.

45

Cada quien levantó la mano en señal de aquiescencia con la propuesta de una anciana que propuso cortar la cabeza de Arvey, el mensajero, para utilizarla como pelota.

46

El ronroneo de la cadena poco aceitada de la motosierra anegó la cara Arvey:

—Mi vi-vi-da szo-szo-szo-bra.

Y no ocultó la cabeza.

El sastre de Estambul

Por Mercedes Pailles Vergara



El sastre de Estambul

*Cuando damos a alguien nuestro tiempo en realidad
le estamos dando una parte de nuestra vida*

Alejandro Magno

A la memoria de Mr. David

Los carretes de hilos sentados sobre las repisas sentían la ventisca fría de la cercana muerte de Kerem Kaan, gran caballero en vísperas a desaparecer. Los temblorosos hilos dejan escapar un leve movimiento y con sutileza, como si no quisieran resquebrajar nada más, testimonian su deceso. Sin más, los mustios alientos me llevaron a Estambul. Me dejé sorprender por el dorado de sus aguas y de golpe sentí la fuerza del invierno. Regresé de mi cavilar y las habladurías retornaron a mí, “en aquella sastrería se tañen y zurcen prendas y música de Armenia”.

Recordando estas palabras y ensortijados vericuetos, me sumergí en el duduk y el arpa que sonaban desde los altavoces del local, mientras un hombre tan alto como las torres de Santa Sofía, con el misterio bajo la piel tostada, a su paso remendaba desencuentros, mestizaje y

bonanza de una antigua y portentosa civilización perteneciente a la gran comunidad de tejedores de alfombras armenios, al tiempo que su hilo y aguja lo zurcían todo. Kerem Kaan, dueño del local de maravillosos hilos, se descosía por dentro y no había ningún remiendo ni hebra capaz de repararlo.

Con 90 años el eco de su hacer musita los cuatro nombres de su país: Bizancio y su puerta de oro, que hechiza a todo viajante; la Nea Roma, creada por Constantino el Grande, junto a la muralla más portentosa de toda civilización que detuvo invasiones hasta tal punto en el que ni siquiera Atila pudo entrar; Constantinopolis y la expansión de Roma que gracias al visionario monarca el imperio romano se extendió veinte lustros más para llegar a Estambul, lugar que al no poder ser pronunciado con exactitud por su pueblo, fue llamado Estambul.

Desde cada rincón de la sastrería se observan postales donde la belleza de Estambul lleva al cliente a mundos inquietantes, exquisitos y lejanos, mientras su condición vaticina la pronta partida. Meryem, su mujer, alejada de su natal lenguaje armenio al verlo morir, encuentra refugio y muralla en el turco, su segundo idioma. Desde ahí la ausencia de mecerse y sentirse entre brazos maternos, arrullos y cantos crea un infinito e imperdible diálogo; pero ahora ella no quiere saber, ni siquiera recordar ningún nicho cariñoso. Y como en aquel remoto país, los muros de Estambul también alejaban a los forajidos e invasiones marítimas

lejos, muy lejos de su magnificencia. Con decoro y tranquilidad Meryem transita junto al ocaso de su amado mientras se mece entre el ahora, el ayer y toda una vida a su lado. Ella contiene su propio dolor, el de sus hijos y el de todos nosotros, quienes juntos vemos su emporio y presencia desvanecerse.

A través de mi ventana observo y me pierdo entre las imágenes de la sastrería. El vaho surge de mi boca y con mi dedo navego sobre el empañado cristal y pinto el Bósforo. Muy dentro siento resquebrajarse el encuentro de sus dos mares en mí. Las doradas aguas arremeten contra mí tan cercana y futura pérdida. Su partida es inminente, nosotros lo queremos tanto o más allá de la inmensidad de Estambul, característico punto estratégico y necesario en épocas de imperios. Entre susurros pedimos al buen Dios acordarse de él. Meryem y su esposo, zurcidos entre el dobladillo de mi piel, me llevan a pensar... mejores vecinos no he podido encontrar.

Recuerdo con claridad aquel primer encuentro con la sastrería. Con afán de remendar mi vestido, el cual unos minutos antes se rasgaba contra el filo de la espada comprada días antes en la calle, bajé las escaleras de caracol mientras la espiral arquitectónica de la escalinata me enredaba en la angustia de no encontrar solución. Mis pies veloces se deslizaban mientras visualizaba las ruinas de la columna serpentina, tan comentada por Kerem Kaan. Quedaban unos minutos antes del inicio de la boda en la que yo era la madrina.

La rasgadura en la seda me penetraba y distraía, haciendo imposible ocultarla. Afanada después de aquel vertiginoso descenso, jadeando entré a otro mundo, la sastrería.

El olor a incienso... me trajo de vuelta y aquella serpiente liada a mi pensamiento al entrar al recinto me liberó. Hipnotizada ante la blancura de su sonrisa y gran tamaño, con un acento enredado entre el perfume del local exclamó “mi señora, deje sus pesares en la puerta y que el buen Sultán Mehmed la colme de la más exquisita calma”. El reino del más joven conquistador de Estambul me invadió y, ante tan inusitada bienvenida, desarmada... sonreí mientras le mostraba la rasgadura del vestido.

Acarició la tela entre sus manos como años atrás tantos otros comerciantes lo hacían al reunirse en el puerto más portentoso, mi amado Estambul. Donde mares y países convergían en un encuentro entre las más exquisitas mercancías. Los libros sentados sobre las repisas parecían adivinar mi pensar y se estremecían. El polvo acumulado de los años se asoma de entre los estantes y Estambul resplandece.

Los cuatro nombres otorgados a su país: Bizancio, Nea Roma, Constantinopla y Estambul vienen a mi memoria. Se ensartan en la aguja, la cual borda con letras de oro momentos vividos entre los tres imperios y mi historia con Kerem Kaan.

Muchos siglos han pasado desde la Conquista de Constantino, si me aproximo escucho el sutil susurro de diáfanas melodías meciéndonos entre las aguas del Bósforo; sin embargo, me acerco al momento actual y mis dedos rozan la tela de mi vestido mientras el ocaso de Kerem Kaan se agita y se esparce sobre nosotros.

Mi vestido queda sin rastro de descomposición, el filo de la espada comprada días antes en la calle me lacera y desangra, como a tantos inmigrantes inundando las calles de Bancara. La hoja rasga no solo mi vestido, sino también a tanta alma en busca de una limosna. Venden sus pertenencias por tan solo unas monedas para alimentar la boca de tanto niño sin futuro. Y el nombre de Meryem recobra su significado al mecernos en un "mar de tristeza".

Tomo un taxi y me dirijo a la boda mientras mi vestido se ciñe a mi cintura vaticinando la muerte de Kerem Kaan, gran caballero en vísperas a desaparecer... Cerca, muy cerca, un corazón late cada vez más lento ante el batir de una espada proclamando el final.

Nora

Por María Amelia Díaz



Nora

Se hizo tarde. En el barrio que huele a tilos recién florecidos ya comienza una noche veraniega azulada y sin luna. Los ruidos de la calle se van apagando lentamente dispersos por un vientito suave que convierte en abanicos los álamos de enfrente cuando, otra vez solo, la veo alejarse por la vereda de baldosas acanaladas sobre las que su figura se hace cada vez más pequeña, hasta desaparecer.

Recuerdo el primer día que la vi, me impresionó ese cuerpo alto y delgado que crecía desde las raíces de unos zapatos negros y acordonados de taco bajo y suelas de goma, subía por las piernas cubiertas con medias gruesas que desaparecían debajo de la pollera gris, muy por debajo de la rodilla, y continuaba por el tronco hasta la cintura, desde donde se abría, como una flor, en la blancura almidonada de la blusa. Se fue acercando despacio hasta la persiana metálica, baja desde hacía ya mucho tiempo, introdujo la llave en la cerradura inferior tratando con dificultad, durante unos segundos, de hacerla girar, hasta que la persiana, cediendo a su empuje, se levantó por fin chirriando con indecisión para dar paso hacia la otra puerta, la de batientes de madera, vidrio y telarañas. Entonces entró y se detuvo un rato, miró todo con esa mirada triste que siempre llevaría puesta, los labios finos apretados en

una línea, solo miró, cerró todo cuidadosamente y se fue. Pensé que se había desilusionado, después del accidente la casa fue quedando desierta por años y el polvo y las telarañas habían hecho lo suyo también en este pequeño local del frente del edificio donde hace ya bastante tiempo estuvo la verdulería.

Pero regresó al día siguiente, se puso un delantal prolijo, se acomodó el cabello lacio y corto donde ya varias canas dibujaban caminitos debajo de un pañuelo atado hacia atrás, colocó cuidadosamente los anteojos sobre una repisa y comenzó a limpiar. Sacó a la calle los cajones de fruta olvidados, sacudió el polvo que dormía tranquilo su sueño de años, baldeó y enceró el piso de baldosas color crema donde volvieron a aparecer arabescos oscuros y limpió y forró estanterías con papeles de colores. Después, con el correr de los días hizo traer un mostrador usado de madera y otro de vidrio con cajones, y así fue armando poco a poco la tiendita, la pequeña tiendita de barrio que le serviría como sustento, ahora que, según comentan, los padres y las tías viejas han muerto, y seguro comprendió que ni las lecciones particulares de piano recibidas en la infancia ni los buenos modales aprendidos en la mesa paterna siempre con mantel blanco y vajilla de porcelana le servirían para mantener el viejo caserón estilo inglés que alguna vez fuera la admiración del barrio y que entonces lucía sus paredes descascaradas y el techo de tejas como la boca de un anciano al que le faltan varios dientes.

Muchos días los dedicó a acomodar en los cajones los elásticos, las cintas, las puntillas vaporosas como espuma y los cierres, las agujas y los hilos, los ovillos de lana en primorosa escala de colores, las medias de algodón para los escolares y los hombres, y las de seda suave para las mujeres. Hubo pañuelos y algunos artículos de lencería íntima con mucho algodón y poca puntilla y en los estantes superiores, algunos portarretratos, paneras, potiches, carameleras, estatuillas de yeso y pequeños floreros de vidrio, junto a otros objetos que servirían, envueltos en crujientes papeles de seda y con primorosos moños, para improvisar regalos comprados por las vecinas a último momento.

Supe que se llamaba Nora, aunque algunas clientas anteponían un hipócrita “señorita” que escondía el ofensivo “la solterona” con que yo las oía nombrarla puertas afuera de la tiendita, vecinas chismosas a las que ella detenía con una mirada dura de desaprobación detrás de sus anteojos cuando intentaban hacerla participe de algún comentario malintencionado. Abría todos los días puntualmente a las ocho y cerraba a las diecinueve horas, con un intervalo de doce a quince que supongo usaba para ir hasta su casa, preparar algo y almorzar junto con su hermano.

Hubo un día en especial, hacía mucho calor y Nora recién había regresado de comprar en Once la mercadería faltante. Yo conozco el barrio de Once, está en la Capital, donde termina su recorrido el ferrocarril Sarmiento, algunas veces acompañé a mi madre para

comprar, porque ella decía que hay numerosos negocios y buenos precios. Llegó cargada con muchos paquetes envueltos en papel madera y atados con piolines deshilachados de hilo sisal, cansada y sudorosa, no estaría acostumbrada a los viajes en tren y colectivo, y se dejó caer en el banco de madera que usaba para sentarse detrás del mostrador cuando no había gente. Aprovechando la soledad de la hora de la siesta se desabrochó los primeros botones de la blusa blanca que siempre usaba cerrada hasta el cuello y se inclinó sobre los brazos apoyados en el mostrador.

Fue entonces, mientras yo observaba curioso el contenido de los paquetes, cuando ella la vio asomarse debajo de los bultos que acababa de apoyar, seguramente la había olvidado alguna de las clientas que estuvieron por la mañana. Su primer gesto fue apartarla con repugnancia, pero algo la atrajo, quizá la imagen en la tapa de ese hombre y esa mujer que se besaban, era una fotonovela, una de esas revistas con historias de amor que leen muchas mujeres, mamá también las leía. Empezó a ojearla, se sonrojaba y enseguida la dejó a un costado, pero la curiosidad pudo más y al rato volvió a tomarla, pasó las hojas y cada vez miraba con mayor atención, pasó el tiempo y casi se le pasa también la hora de levantar la persiana, tan ensimismada estaba. Como esa tarde hubo pocas clientas se dedicó a leer casi hasta la hora de cerrar. Fue la primera vez que aproveché para acercarme.

Desde entonces nunca dejó de leer fotonovelas, las compraba todas las semanas y las escondía en los cajones entre los pañuelos y las medias, seguro que para que no las viera su hermano que era un cura sin iglesia, porque lo habían mandado a vivir en su casa a causa del corazón débil, aunque se murmuraba que en realidad era por inútil, que de lástima le habían conseguido un empleo de profesor de religión en un colegio de monjas de acá cerca, donde las alumnas se le mataban de risa.

Nora leía compulsivamente en todos los momentos libres, sentada y escondiendo la revista sobre su falda mientras yo me ubicaba cerca y me quedaba allí quietito, sin hacer ruido para no molestarla y para que no se sobresaltara. Ella dejaba encima del mostrador, y a la vista, una Biblia abierta que le servía de pantalla, a veces durante horas. Alguna vez, hasta atendió de manera hosca a alguna clienta que venía a interrumpir su hábito.

Las novelas fueron parte de su vida, debieron llenar algún hueco, porque ahora sonreía y se la veía más contenta. Varias veces pude ver su mano desabrochar la blusa y deslizarse hacia la abertura, pero esas son cosas en las que no debo pensar, prefiero correr afuera a seguir con mis pasatiempos solitarios.

Así los años fueron transcurriendo lentos pero firmes, sin retroceder jamás, uno... dos... tres... muchos y el barrio de casas bajas comenzó a crecer hacia arriba.

Murieron los gallegos del almacén de la esquina y un supermercado cubrió las necesidades de los vecinos, claro que sin el cariño de aquellos, ni la solidaridad. El teléfono que prestaban a cualquier hora en caso de urgencia ya no fue necesario porque se colocó uno público que, claro está, no cubría tampoco la información de un trabajo vacante necesitado por algún vecino desocupado como lo hacía don Ramón, ni gritaba desde la vereda el nombre de la vecina que había recibido una llamada familiar y vivía a una cuadra, como lo hacía la gallega. La gente, con una línea de colectivos que pasa por la esquina, prefirió trasladarse a las grandes tiendas más modernas y mejor provistas, para hacer sus compras. Ya casi nadie venía a la tiendita de Nora que pasaba sus días en la vida prestada por las fotonovelas. Eso hasta el lunes pasado, hace justo una semana, cuando su hermano, como dicen las vecinas, tuvo un infarto y pasó a mejor vida.

Hoy Nora vino temprano, miró todo con una mirada vaga y miope, y después empezó a juntar todas las revistas que había guardado durante tanto tiempo y ahora se dedicaba a releer para no gastar dinero en la compra de otras nuevas, las juntó mientras las iba rompiendo en pequeños trozos que introdujo en un tacho de metal y cuando terminó con todas, las roció con kerosén y las sacó a la vereda, allí les prendió fuego y se quedó mirando como en un sueño las llamas rojizas que se alzaron hasta desvanecerse contra el cálido atardecer. Desde mi puesto en la terraza pude ver cómo algunos automovilistas aminoraban la marcha y

gritaban cosas que ella parecía ni oír, porque el humo se acumulaba como una nube oscura sobre la calle de asfalto. Cuando terminó de quemarlas se volvió al interior de la tiendita, se puso el saquito azul que ahora siempre lleva sobre la blusa blanca cerrada definitivamente hasta la garganta, apagó las luces, se secó los ojos y, en ese momento se persignó, luego extendió una mano en la que creí percibir una caricia que se perdió en el aire antes de llegar a mi mejilla. Después cerró la puerta y la persiana que bajó quejándose. Me quedé a oscuras.

Ahora estoy nuevamente solo, como estuve siempre desde aquella vez hasta que llegó ella, desde aquella vez cuando era chico y me escapé a jugar a la terraza donde los albañiles, que estaban arreglando la verdulería, se habían olvidado ese cable que tenía la cubierta gastada.

Semblanzas

Valentina Mazziere

Luján de Cuyo, Mendoza. De pequeña vivió al sur, en Perdriel y luego en Vistalba, hasta que en el año 2016 se fue a trabajar a Puente del Inca. En la actualidad vive en el Valle de Uspallata, en plena Cordillera de Los Andes.



Es Licenciada en Comunicación Social, recibida de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCUYO. Criada en una biblioteca popular y en una casa

con gran cantidad de libros, la lectura fue, desde siempre, su forma de vida. Los viajes por Argentina y otros países como Chile, Brasil, Bolivia, Perú y Ecuador, sumado a habitar la montaña, fueron sustento para que un día decidiera sentarse a escribir.

En el 2020 decidió formarse profesionalmente para cumplir su meta de ser escritora. Desde entonces y hasta la actualidad se forma en talleres literarios con profesoras y profesores de Mendoza y de Neuquén. Hasta hoy sigue acomodando su vida a los tiempos de lectura y escritura.

Leopoldo Orozco

Ensenada, Baja California, México, 1996. Ganador del primer lugar del Premio Nacional de Ensayo Universitario Carlos Fuentes 2023, otorgado por la Universidad Veracruzana. Editor de la revista literaria *Delirio* de 2018 a 2021. Ha sido publicado en medios nacionales e internacionales



como *Quimera*, *Taller Ígitor*, *Liberoamérica*, *Tintero Blanco*, *Punto en Línea*, *Blanco Móvil* y *Círculo de Poesía*. Es autor del libro de minificciones *En la cuerda floja* (Reverberante, 2020) de la plaquette de ensayos *Cinco autorretratos en ausencia* (Fósforo, 2021) y del poemario *Relicarios* (en proceso de edición). Participó en el XI Curso de Creación Literaria Xalapa 2019 de la Fundación para las Letras Mexicanas, en el área de ensayo. Finalista en el XI Premio de Relatos para Jóvenes otorgado por la Universidad Camilo José Cela (Madrid), en la categoría de estudiantes de Hispanoamérica.

Fernanda Rodríguez Briz

Buenos Aires, Argentina, 1969. Reside en Mendoza desde abril de 2012. Es bibliotecaria universitaria, escritora, tallerista y *coach* de escritura para autores. Actualmente integra el equipo “Plan de Lectura y Escritura de la Dirección Provincial de Escuelas (DGE)” de la Provincia de Mendoza. Escribe cuentos y relatos, microrrelatos, poesía, dramaturgia, literatura infantil y juvenil. Ha coordinado talleres de lectura y escritura para adultos y niños. Actualmente coordina un Club de Lectura de NNA (Nueva Narrativa Argentina).

Sus textos han obtenido premios y han sido incluidos en diversas obras colectivas dentro y fuera del país. Reconocimientos: su libro de cuentos, *De la cosas que pasan*, obtuvo el Primer Premio en el Certamen Literario Vendimia (Mendoza, 2017)



y *Los niños rotos*, el Segundo Premio en el Certamen Literario San Juan escribe 2018-Jorge Leonidas Escudero (Provincia de San Juan). En dos oportunidades obtuvo el Premio literario DGE Mendoza y el Premio Certamen Literario Regatas Mendoza. Otra de sus obras publicadas es *Adán, Eva, la Serpiente y el Jefe* (2019).

Andrés Felipe Escovar

Bogotá, 1981. Ha publicado los siguientes libros, escritos con Luis Cermeño: *Tríptico de verano y una mirla*, *Arrúllame Ramona* y *The Lola Verga´s big band*. En 2019 apareció *Aniquila las estrellas por mí*, volumen que es una novela, un tejido de relatos, ambas opciones o ninguna. Realiza entrevistas y reportajes. Se ha ocupado, en la academia, de abordar manuscritos desde la crítica genética; de dichas investigaciones fue publicado en 2021 *El cuaderno de Andrés*



Caicedo. Aproximación a la génesis escrituraria de ¡Que viva la música! Coedita <https://milinviernos.org/>.

Mercedes Pailles

Pedagoga, psicomotricista y educadora certificada en Masaje Infantil. Magister en Terapia Ocupacional. Se acaba de graduar de Cadenas Muscular GDS, México y actualmente está terminando su formación con el Método Ivaldo

Bertazzo. Ha dictado clases por 32 años. Dentro de su repertorio está el escribir, ser consultora educativa, jardinera, entre otros. Y si le dieran a elegir, ¡optaría por ser docente una y mil veces! Ig: tempoo.mx



María Amelia Díaz



Bibliotecóloga. Poeta, narradora y ensayista. Publicó 9 libros de poesía y 1 de cuentos. Traducida al italiano, inglés, francés catalán, hindi, árabe y mandarín. Editó “Poetas sobre poetas” I al IV y la revista “Sofos”. Participa en Tomo I, “Poesía Argentina Contemporánea” (Fundación Argentina Poesía), “Antología sin Fronteras” (Universidad

Autónoma de Hidalgo, México), “Alba de América” (Instituto Cultural Hispanoamericano, California), “Poetas argentinos amigos de Marruecos” (Embajada de Marruecos), “Anthology of Argentine Poetry” (comp. Li Kuai. Shien, China), “Grito de mujer” (Mujeres Poetas Internacional, República Dominicana). Presidenta de SADE Oeste. Coordina en CABA el Café Literario “Extranjera a la Intemperie”. Está incluida en el “Diccionario de autores” del Ministerio de Cultura de Buenos Aires y en el “Museo de Poesía”, provincia de San Luis. Distinguida por la Secretarías Culturales de los Municipios de Morón e Ituzaingó y la Asociación Latinoamericana de Poesía. Premio SADE (1996), Mención Honorífica Poesía CABA 2008/2009, Premio Ensayo Gente de Letras (2012 y 2017), Mención de Honor Cuento Faja SADE (2015), Distinción Asociación de Poetas Argentinos (2017), Mujer Destacada en Cultura (2017), Premio Fundación Argentina para la Poesía (2018), Diploma de Honor Foro Femenino Latinoamericano (2019), Premio Universidad Nacional de Cuyo (2022), Mención Nacional Biblioteca José Ingenieros, Municipalidad de 9 de Julio (2022). Correo electrónico: mariaameliadiaz@hotmail.com

Alfredo Loera

Torreón, México, 1983. Maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Veracruzana. Inició sus estudios de literatura en la Escuela de Escritores de La Laguna. De 2009 a 2011 fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas.

Publicaciones suyas han aparecido en revistas como *Interpretatio*, *Texto Crítico*, *La Revista de El Colegio de San*



Luis, *El Pez y la Flecha*, *Casa del Tiempo*, *Círculo de Poesía*, *Este País*, *Tierra Adentro*, *Red es Poder y Registros de Voz*. Títulos de su autoría son *Aquella luz púrpura*, *Wish you were here* y *Guerra de intervención*.

Actualmente estudia un doctorado en literatura hispanoamericana en la misma Universidad Veracruzana.

Correo electrónico: alfredo.loera@gmail.com

Esta *Antología breve* recupera los textos seleccionados por un jurado internacional para homenajear la figura de Antonio Di Benedetto en el centenario de su nacimiento. Son cuentos que tensan el delgado hilo ficcional que separa nuestra realidad cotidiana de mundos imaginarios.

En el caleidoscopio literario de este volumen, resaltan distintos prismas textuales que resultan en una obra abierta hacia la comunidad lectora, desde Mendoza y para el mundo, que llenarán distintos gustos y expectativas lectoras.

Quedan todos invitados a este festín lector.
Bon appétit.



Valentina Mazziero



Leopoldo Orozco



Fernanda Rodriguez Briz



Alfredo Loera



Andrés Felipe Escovar



Mercedes Pailles Vergara



María Amelia Diaz

